

SOBRE EL “CELTISMO” DE LA “CULTURA” DEL SOTO (*)

FERNANDO ROMERO CARNICERO(**) y MARÍA LUISA RAMÍREZ RAMÍREZ (**)

RESUMEN

A lo largo de la primera mitad del último milenio a.C. se reconoce en el valle medio del Duero una cultura, identificada a partir del yacimiento vallisoletano de El Soto de Medinilla, cuya formación, dadas las notables diferencias que a distintos niveles ofrecía respecto a la inmediatamente anterior de Cogotas I, se atribuyó a la llegada de gentes nuevas de origen indoeuropeo y raigambre céltica. En los últimos años se revisa esta visión rupturista y se tiende a valorar el substrato indígena, sin descartar posibles aportes culturales de procedencia diversa: elementos de tradición de Campos de Urnas y de raíz mediterránea, principalmente.

ABSTRACT

Throughout the first half of the last millennium (B.C.) a certain culture, which has been identified taking as a reference the so-called “El Soto de Medinilla” site

(*) El presente trabajo constituye una de las lecciones pronunciadas en el Curso que, organizado por la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, bajo la dirección de Martín Almagro-Gorbea y con el título *Los Celtas en la Meseta: Orígenes y nuevas interpretaciones*, se celebró en Cuenca entre los días 13 al 15 de octubre de 1993; agradecemos al Dr. Almagro-Gorbea las facilidades que nos ha dado para poder publicarlo en este *Boletín*.

El texto que ahora entregamos a la imprenta quedó definitivamente redactado en 1996, y si hemos decidido no incorporar ciertas novedades producidas en el curso de estos últimos años es porque entendemos que no afectan en lo decisivo a lo tratado en este estudio. Entre tanto, los trabajos citados como “en prensa” en la bibliografía han visto la luz. Así, el de A. Bellido Blanco en 1996; el de Delibes *et alii* en *Verdolay*, 7, 1995: 145-158; y el de Rodríguez Marcos en el primer volumen de las *Actas del III Congreso de Historia de Palencia (I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*, Palencia, 1995: 93-115). Finalmente, un amplio resumen del trabajo inédito de M.L. Ramírez (1995), ha sido publicado, con idéntico título, en *Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León 1995/1996*, 7, 1999: 67-94.

(**) Área de Prehistoria. Universidad de Valladolid.

near Valladolid (Spain), is recognized as having existed in the middle valley of the river Duero.

The aforesaid culture offers considerable differences at several levels in relation to the immediately previous one (Cogotas I), and its formation has been considered as a consequence of the arrival of new peoples of an Indo-European origin and Celtic roots.

In the last few years, and once this breaking-rule vision has been overcome, there is a trend to value the native substratum and to consider cultural contributions from several sources: mainly traditional elements of Urnfields and of a Mediterranean origin.

Una simple ojeada a la literatura que generaron las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo por P. de Palol en El Soto de Medinilla pone de manifiesto la filiación cultural que el poblado vallisoletano mereció a su excavador, puesto que, desde el título mismo de muchos de estos trabajos, se insiste ya en el carácter *céltico* de la estación (Palol, 1958, 1961, 1963a, 1963b, 1964, 1966, 1973, 1974; Palol y Wattenberg, 1974: 32-36 y 181-195)⁽¹⁾. Con anterioridad, y como recordábamos no hace mucho (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 151-152), en la publicación con que se dio a conocer el yacimiento Serrano y Barrientos (1933-34: 226), claramente influenciados por la reciente aparición de la *Etimología de la Península Ibérica* de Bosch Gimpera (1932), lo calificaron, junto a Simancas, de *posthallstático*; además, lo peculiar de la arquitectura de El Soto de Medinilla y algunas decoraciones cerámicas de Simancas les permitían relacionar ambas estaciones más con los castros gallegos que con los sorianos (Serrano y Barrientos, 1933-34: 221-222 y 226), los cuales, no en vano, habían sido considerados, apenas un lustro antes, "...el más viejo grupo de cultura céltica de la meseta central." (Taracena, 1929: 26). Es evidente, de la misma manera, el influjo que los estudios de Maluquer sobre el poblado *hallstático* de Cortes de Navarra—que vieron la luz en la década de los cincuenta (Maluquer, 1954, 1958a), en cuya segunda mitad se iniciaron asimismo las excavaciones en el *tell* vallisoletano—ejercieron en las apreciaciones de Palol, pues las

(1) Como es sabido, El Soto de Medinilla *céltico* es tan sólo una parte del yacimiento, aquella que, situada en el cuello de un meandro del Pisuerga, ocupaba en torno a dos hectáreas y en la que Palol identificó cinco poblados superpuestos, conformando un *tell*, agrupados en dos fases: *Soto I*, al que hacía corresponder los dos inferiores—Soto I-1 y 2—y *Soto II*, al que pertenecerían los tres siguientes—Soto II-1, 2 y 3—; en parte por encima de él, pero sobre todo en torno al mismo y hacia el exterior del meandro, se extiende, por una superficie próxima a las diez hectáreas, el poblado vacceo, o *Soto III*, escenario también de sucesivas intervenciones arqueológicas (Wattenberg, 1959: 177-179, tabs. I-XII; Palol y Wattenberg, 1974: 191 y 193-194, fig. 67; Iglesias, 1989; Escudero, 1988, 1995). Lógicamente, y por más que alguno de los trabajos recientes haya permitido identificar un nivel con materiales del Primer Hierro en el Soto vacceo (Escudero, 1995: 201 y 207-209, fig. 13), en las páginas que siguen nos referiremos exclusivamente al núcleo primitivo.

constantes referencias al establecimiento navarro ponen de manifiesto que fue el prisma bajo cuya óptica se configuró la interpretación de El Soto de Medinilla.

Las gentes soteñas irrumpen, habida cuenta la perspectiva invasionista desde la que se explicaba su presencia en el Duero medio, sobre el territorio en el que se encontraban asentadas las poblaciones indígenas portadoras de cerámicas excisas y del boquique, documentadas por las mismas fechas también en la ciudad de Valladolid, en el barrio de San Pedro Regalado (Palol, 1963b); ello llevó a hablar –teniendo en cuenta que estas últimas se consideraban todavía, por aquel entonces, instaladas en dicho espacio durante el Primer Hierro y dado que se paralelizó la fase inicial de El Soto de Medinilla, o Soto I, con Cogotas I (Palol, 1963b: 144)– de una dualidad cultural en los primeros momentos, al menos, de la nueva Edad (Palol, 1963b: 149-150; 1974: 93 y 95). Un planteamiento, éste, no muy distinto al esgrimido por Maluquer, quien unos años antes se refería a una “dualidad de tradiciones” en la primera Edad del Hierro meseteña, para justificar la aparición en contextos Cogotas I de cerámicas decoradas con las técnicas del boquique –que hace derivar de las campaniformes de Ciempozuelos y serían las típicas de los indígenas, pastores de ovicápridos– y la excisión –aportada por grupos foráneos de origen centroeuropeo, enraizados en la Cultura de los Túmulos y matizados por la del Hallstatt, económicamente orientados a la ganadería de vacuno– (Maluquer, 1956; 1958b: 68 y 99-100; 1958c: 37 y 97; 1960: 140-141). Una salvedad: mientras que en este último caso cabía hablar de fusión o mezcla de poblaciones, la vecindad de los yacimientos de uno y otro signo en el que nos ocupa, tal y como evidenciaban San Pedro Regalado y El Soto de Medinilla, a los que enseguida se sumaron nuevos ejemplos, permitía pensar más bien en la convivencia de dos grupos que no tardaron en identificarse con sendas facies de la primera Edad del Hierro; sólo cuando se demostró la mayor antigüedad de Cogotas I se incorporaron a los presupuestos invasionistas, ya mencionados, otros de índole rupturista.

Van a contribuir a ello, fundamentalmente, los trabajos de Martín Valls y Delibes, en particular la serie *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora* que viera la luz en el *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* de la Universidad de Valladolid entre los años 1973 y 1982. En efecto, a una serie de artículos en los que los yacimientos Cogotas I, aun considerándose entroncados en el Bronce Final, se llevan a la Edad del Hierro (Martín Valls y Delibes, 1972, 1975a), suceden otros en los que se apunta ya su correspondencia a la última fase de la Edad del Bronce (Martín Valls y Delibes, 1973, 1976a); paralelamente, de contemplar la coexistencia de dos facies distintas (Martín Valls, 1973: 409-410; Martín Valls y Delibes, 1975b: 202), pasan a defender la diacronía entre Cogotas I y el horizonte Soto (Martín Valls y Delibes, 1975c: 458-461), para, en adelante y por lo que comentamos aquí ⁽²⁾, re-

(2) Obviamente, en llegados a este punto, no parece necesario seguir insistiendo en lo que se refiere a Cogotas I: recordaremos, con todo, la importancia que trabajos como los de F. Molina y O. Arteaga (1976) o G. Delibes y J. Fernández Manzano (1981) tuvieron a la hora de establecer la cronología de esta cultura. Por distintas razones, pero, sobre todo, por tratarse de estudios de síntesis, en los que se

ferirse al mundo soteño como un grupo *hallstático* (Martín Valls y Delibes, 1976b: 413; 1977: 291-293 y 303-305), primero, y emparentado con los *Campos de Urnas Tardíos de la Edad del Hierro* (Martín Valls y Delibes, 1978a: 321-324; 1981: 172-176; 1982: 64-67), más tarde.

Como se desprende de lo dicho, los trabajos de Martín Valls y Delibes depararon el conocimiento de una serie de estaciones de signo soteño, confirmando, en buena medida, la sospecha de Palol (Palol y Wattenberg, 1974: 33-34) de la proyección de este mundo hacia el noroeste (Martín Valls y Delibes, 1981: 174); los hallazgos, en cualquier caso, fueron sucediéndose por todo el valle medio del Duero y basta comparar los primeros mapas de dispersión (Martín Valls y Delibes, 1978b: fig. 1; Esparza, 1983: mapa 3) con los más recientes (Martín Valls, 1986-87: fig. 3; González-Tablas, 1989: fig. 4), a todas luces incompletos ya hoy día, para hacerse una idea del ritmo de los descubrimientos. A los trabajos de prospección se sumaron paulatinamente otros de excavación⁽³⁾; éstos se han orientado, en los más de los casos, a la obtención de secuencias estratigráficas que poder contrastar con las de El Soto de Medinilla, cuyas excavaciones nunca fueron, como se sabe, definitivamente publicadas. Los resultados de unas y otras, es decir, de prospecciones y excavaciones, permiten hablar hoy de una cultura característica de la primera Edad del Hierro en el Duero medio, la del Soto, y han posibilitado la elaboración, además de trabajos monográficos sobre aspectos diversos de su cultura material —cerámicas (Romero, 1980), ajuar metálico (Delibes y Romero, 1992: 243-245) o arquitectura doméstica (Romero, 1992; Ramírez, 1995)— y cronología (González-Tablas, 1988-89) o de estudios de carácter medioambiental (Delibes, Romero y Morales, eds., 1995: 337-582), de los primeros intentos de síntesis (Romero, 1985: 88-95; Romero y Jimeno, 1993: 188-200; Delibes *et alii*, 1995: 59-88).

Al tiempo, empieza a llamarse la atención sobre la presunta ascendencia mediterránea de algunos aspectos de la cultura material soteña. Ya el mismo Palol (1958:

recogen aspectos relacionados con cuanto comentábamos, merecen ser tenidos en cuenta también los siguientes trabajos: Delibes, 1983a; Fernández Manzano, 1985; Fernández-Posse, 1986; Delibes y Fernández-Miranda, 1986-87; Esparza, 1990a; Delibes y Romero, 1992: 233-242; Castro, Micó y Sanahuja, 1995.

(3) De entre ellos, y de este a oeste, destacaremos los llevados a cabo en los siguientes enclaves: Roa (Sacristán, 1986: 43-70), en la provincia de Burgos; Cuéllar (Barrio, 1993) y Coca (Romero, Romero y Marcos, 1993: 230, 232-234 y 255-256, fig. 5), en la de Segovia; el Cerro de San Pelayo de Castromocho (Lión, 1993) y el Castro de los Baraones en Valdegama (Barril, 1995), en la de Palencia; La Mota de Medina del Campo (García Alonso y Urteaga, 1985; Seco y Treceño, 1993, 1995), Almenara de Adaja (Balado, 1989), Simancas (Quintana, 1993: 78-90, figs. 8-13), La Era Alta de Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993: 308-312 y 328, figs. 5 y 9, láms. I y IX; San Miguel, 1995), El Cerro del Castillo de Montealegre (Hereadero, 1995: 250 y 255, figs. 2 y 3) y El Soto de Medinilla (Delibes, Romero y Ramírez, 1995; Delibes *et alii*, e.p.), en la de Valladolid; El Cerco de Sejas de Aliste (Esparza, 1986: 158-202), El Castro de Camarzana de Tera (Campano y Val, 1986), La Aldehuela (Santos, 1988, 1989), El Castillo de Manzanal de Abajo (Escribano, 1990) y Los Cuestos de la Estación de Benavente (Celis, 1993), en la de Zamora; y, por último, el Cerro de San Pelayo en Martínamor (Benet, 1990), el Cerro de San Vicente (Martín Valls, Benet y Macarro, 1991: 139 y 149-153, fig. 2; Benet, 1993: 340, fig. 7) y Ledesma (Benet, Jiménez y Rodríguez, 1991), en la de Salamanca.

185), al poco de iniciarse las excavaciones en El Soto de Medinilla, apunta la posibilidad de que las *anómalas* viviendas circulares del yacimiento fueran un elemento mediterráneo; el descubrimiento de la estación, asimismo vallisoletana, de Zorita, en Valoria la Buena, permitía a Martín Valls y Delibes (1978b: 228-229), dos décadas más tarde, reclamar el mismo origen para la pintura mural de aquellas casas y algunas formas cerámicas. Desde entonces hasta hoy, tal y como se ha recordado en distintas ocasiones y tendremos oportunidad de comentar más adelante, se ha reivindicado la raigambre meridional, mediterránea en última instancia, de nuevos aspectos del mundo soteño.

En las páginas que siguen, y tras unas lógicas consideraciones sobre los términos en que se ha planteado la ruptura Cogotas I/Soto, nos detendremos a comentar los argumentos esgrimidos a la hora de defender la filiación céltica, por un lado, y/o, por otro, la raigambre meridional de diversos aspectos de la cultura del Soto ⁽⁴⁾.

I. COGOTAS I/SOTO: PLANTEAMIENTOS PARA LA CONTRAPOSICION DE DOS MUNDOS

Desde su perspectiva de la dualidad cultural durante la primera Edad del Hierro en el valle del Pisuerga, a que tuvimos ocasión de referirnos líneas arriba, Palol insistía ya en las diferencias entre Cogotas I y El Soto, comparando fundamentalmente, como señalábamos asimismo, dos establecimientos vallisoletanos muy próximos, San Pedro Regalado y El Soto de Medinilla, aunque teniendo presentes también los datos proporcionados por Sanchorreja y El Berrueco, en un principio, y los castros y "campos de hoyos de incineración"/"silos" alaveses, más tarde. Y recordaremos, así, cómo dichas diferencias se referían tanto al modelo de ocupación del territorio –castros en la orla periférica, frente a poblados en llano junto a los cursos fluviales–, como a la economía –pastores, frente a agricultores de gramíneas y criadores de cerdos–, la arquitectura doméstica –fondos de cabaña, frente a auténticas viviendas de adobe– o el ajuar material –cerámicas excisas y del boquique, frente a las pintadas–, permitiéndole, en última instancia, afirmar la independencia étnica de uno y otro grupo (Palol, 1963a: 9 y 11; 1963b: 143 y 149-150; 1966: 30; 1974: 93 y 95; Palol y Wattenberg, 1974: 32 y 34).

En la actualidad, superada la coexistencia de ambos mundos, las diferencias entre uno y otro vienen polarizándose esencialmente, aunque no sin matizaciones

(4) Deliberadamente rehuiremos a lo largo de las páginas que siguen cualquier consideración en torno a la cronología de los establecimientos, niveles o materiales mencionados. Es cierto que tal renuncia puede entorpecer la comprensión del texto por parte de los lectores menos familiarizados con cuanto aquí se trata, en cuyo caso remitimos a un más amplio trabajo, reciente por otro lado, en el que tales cuestiones quedan contextualizadas temporalmente (Delibes *et alii*, 1995: 59-88); pero no lo es menos que las continuas referencias cronoestratigráficas hubieran introducido una dificultad añadida al ya de por sí, creemos, complejo discurso, en el que, por lo demás, interesan preferentemente las alusiones cronológicas de índole historiográfica. En cualquier caso ello se contemplará, con carácter general, en las consideraciones finales.

como es lógico, en torno a los mismos aspectos (Delibes y Romero, 1992: 242-243; Romero y Jimeno, 1993: 198-199; Delibes *et alii*, 1995: 80-81; Esparza, 1995: 137-139):

1. En lo que se refiere a los patrones de asentamiento, es evidente que no puede seguir manteniéndose la dicotomía poblados de altura/poblados de aluvión y basta contrastar los mapas de dispersión del Soto más recientes, a que tuvimos ocasión de remitir con anterioridad (Martín Valls, 1986-87: fig. 3; González-Tablas, 1989: fig. 4), con algunos de Cogotas I (Almagro-Gorbea, 1977a: fig. 52; Fernández-Posse, 1982: fig. 4; Fernández Manzano, 1985: 70-71 y 78; Almagro-Gorbea, 1986: 364), máxime lo envejecido de estos últimos, para comprobar cómo uno y otro grupo se instalaron, prácticamente por igual, por todo el Duero medio y, por tanto, la nutrida presencia de las gentes Cogotas I en el centro mismo de la cuenca. Conviene no olvidar, en este sentido, que ya en su día se llamó la atención a propósito del doble tipo de emplazamiento detectado entre los yacimientos cogoteños, al destacarse el carácter abierto y falta de preocupaciones defensivas de aquéllos de la zona de Casaseca de las Chanas-Cazurra, en la Tierra del Vino zamorana (Martín Valls y Delibes, 1975a: 246-247). Por las mismas razones, tampoco hay que perder de vista, en lo que a los asentamientos soteños respecta, la condición castreña de los del noroeste de la misma provincia de Zamora (Esparza, 1986: 356-358 y 386-388; 1990b: 101-102 y 105; 1995: 121-122, 125, 129-130 y 132) o la diversidad de emplazamientos advertida, tanto en el interfluvio Duero-Pisuerga, en la provincia de Valladolid (San Miguel, 1993: 24-29, figs. 1, 2, 4 y 6), como en la Cuenca de la Nava palentina (Rojo, 1987: 411-412 y 414-416, figs. 1, 3-4, 4-1 y 5-2).

Parece claro, con todo, que los poblados del Primer Hierro rara vez se levantan sobre los de Cogotas I o, lo que es lo mismo, que aquéllos son, por lo general, establecimientos de nueva planta. Así parecen indicarlo, en primer lugar, pese a la prudencia que los datos derivados de este tipo de actuaciones exige, las prospecciones intensivas llevadas a cabo en las zonas, vallisoletana y palentina, antes mencionadas, dado que tan sólo en uno de cada ocho yacimientos de la primera y en uno de cada catorce de la segunda se han documentado materiales cerámicos de ambas culturas (San Miguel, 1993: 31, fig. 3; Rojo, 1987: 416, fig. 6). Y otro tanto se desprende de las excavaciones, ya que, aun cuando en algunas de ellas, muy pocas en cualquier caso, han podido recuperarse materiales de una y otra fase, rara vez los más antiguos son lo suficientemente numerosos y expresivos, prácticamente nunca obedecen a un contexto, están mezclados con los del Soto en otros casos y, aún incluso, muestran un claro desfase cronológico con respecto a los soteños; razones todas ellas por las que es casi imposible hablar de una continuidad del poblamiento (Esparza, 1990b: 108-111; Romero y Jimeno, 1993: 198; Delibes *et alii*, 1995: 80; Esparza, 1995: 138).

Y aún cabe considerar, por último, en relación con este punto, la entidad misma de las ocupaciones. En tanto los hábitats de Cogotas I ofrecen un carácter de

inestabilidad, en correspondencia con su, en más de una ocasión sugerida (Almagro, 1986: 377; Delibes *et alii*, 1995: 55), ocupación discontinua y recurrente e incluso, como se ha pensado para el caso de Los Tolmos (Caracena, Soria), estacional (Jimeno, 1984: 189-190 y 213; Jimeno y Fernández Moreno, 1991: 101), y son de difícil delimitación, puesto que las sucesivas frecuentaciones de que fueron objeto parecen materializarse en una progresiva ampliación del espacio habitado, lo que se traduce en una estratigrafía horizontal, que llega incluso a alcanzar varias hectáreas (Delibes *et alii*, 1995: 52), los soteños muestran una evidente voluntad de permanencia, como denuncian la continuada remodelación de los poblados, a resultas de lo cual terminaron por configurarse los característicos *tells*, y las inversiones en obras defensivas (Delibes *et alii*, 1995: 62-63; Esparza, 1995: 138). Las propias estructuras de habitación, de materiales deleznable y frágiles, por tanto, de los primeros y las más sólidas de adobe de los segundos no vendrían sino a corroborar, como tendremos oportunidad de analizar en el siguiente punto, esa distinta impresión.

Es cierto, en cualquier caso, que cuanto queda dicho en el párrafo anterior no deja de ser una mera simplificación de una realidad bastante más compleja y susceptible, por ello, de matizaciones. Somos conscientes, por ejemplo, de que no todas las estaciones del Soto deparan una potente secuencia estratigráfica, aunque no hay que desestimar el hecho de que son todavía escasas las excavadas y que la mayoría de las que lo han sido registran una dilatada trayectoria⁽⁵⁾, o de que el carácter defensivo de muchas de ellas se ha deducido de su emplazamiento o de su estratégica situación (Rojo, 1987: 415) y, asimismo, de que, salvo en el caso del foso castreño del noroeste zamorano (Esparza, 1986: 245-248; 1995: 122-125), son todavía muy escasas en número las que presentan murallas y aún menos las que se defienden con fosos (San Miguel, 1993: 29, fig. 2; Olmo y San Miguel, 1993: 512-513, 516 y 524, figs. 1 y 3, láms. VII y XVI). De la misma manera, tampoco se nos escapa, en relación con este último aspecto, que se ha señalado la existencia de murallas en algunos poblados cogoteños (Delibes y Fernández Manzano, 1981: 52-61, figs. 2 y 3, láms. I y II; González-Tablas, Arias y Benito, 1986: 120 y 122, láms. I-2 y III; Fabián, 1993: 171; Rodríguez Marcos, e.p.); ahora bien, cabe precisar, en primer lugar, que éstos son minoritarios, que corresponden, en segundo lugar, excepción hecha de Sanchorreja (González-Tablas, Arias y Benito, 1986: 122), a la fase formativa de Cogotas I y datan, por tanto, del Bronce Medio y, por último, que en algún caso concreto, y asimismo antiguo, ha llegado a desestimarse su carácter defensivo, proponiéndose, por contra, su condición de cercas para encerrar ganado (Delibes y Romero, 1992: 243; Delibes *et alii*, 1995: 53).

(5) Tal es el caso de Cuéllar (Barrio, 1993: 178-207, fig. 3), La Mota de Medina del Campo (Seco y Treceño, 1993: 136-143, fig. 2; 1995: 234-239) y, sobre todo, de Los Cuestos de la Estación de Benavente (Celis, 1993: 97-110, cuadro I), con diez fases de ocupación, y El Soto de Medinilla, donde a la secuencia clásica de Palol (Palol y Wattenberg, 1974: 185-191, figs. 62-66) hay que añadir la más reciente con once niveles de hábitat (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 154-169, lám. VIII).

Finalmente, y a juzgar por los datos de que disponemos para aquellas zonas mejor prospectadas, parece observarse una disminución en el número de yacimientos de un momento al otro (Rojo, 1987: 411, fig. 3)⁽⁶⁾ y, por consiguiente, una concentración del poblamiento (San Miguel, 1993: 31), con una clara tendencia a la nuclearización de los hábitats.

2. Como apuntábamos en el apartado precedente, son igualmente notorias las diferencias entre las estructuras de habitación cogoteñas y las del Soto. Para empezar hay que reconocer que la arqueología ha venido negando de forma sistemática el hallazgo de las viviendas del primero de los grupos citados, aunque los escasos ejemplos documentados, del Bronce Medio también, como la mayor parte de las murallas, vienen a coincidir en lo común de sus características: cabañas de planta redondeada construidas a base de postes de madera, ramas y barro (Jimeno, 1984: 189-190, fig. 6; Jimeno y Fernández Moreno, 1991: 17-18, figs. 7-11, láms. IV, V-1 y VI-IX; Martín Benito y Jiménez González, 1988-89: 266-267, lám. III, foto 3; Fabián, 1993: 172; Barril, 1995: 402); mucho mejor conocidas, las del Soto responden a un modelo un tanto estandarizado y definido por lo circular de su planta, por alzados de tapial o adobe y, en lo que al interior respecta, por la preparación de suelos, la aplicación de revestimientos y la presencia de banco corrido y hogar (Romero, 1992: 180-194, figs. 1-3; Delibes *et alii*, 1995: 63-66; Ramírez, 1995), rasgos todos ellos que han llevado a considerarlas las primeras casas propiamente dichas de la prehistoria de la Meseta Norte (Delibes y Romero, 1992: 243).

Los trabajos más recientes han permitido detectar, con todo, bajo las prototípicas viviendas soteñas a que acabamos de referirnos, otras, de planta igualmente circular, pero de postes y ramas⁽⁷⁾, que, junto a algún otro detalle, vendrían a caracterizar la fase *formativa* de la cultura del Soto (Delibes *et alii*, 1995: 84-86). Es difícil, a la vista de ello, sustraerse a la tentación de relacionarlas con aquéllas de

(6) El fenómeno contrario se deduce para la provincia de Zamora, como ha puesto de manifiesto Esparza (1995: 137-138), si se comparan los mapas más recientes de distribución de yacimientos de uno y otro signo (Delibes y Val, 1990: 86; Esparza, 1990b: mapa 1).

(7) La existencia de cabañas de materiales perecederos en la base de El Soto de Medinilla fue intuida ya por Palol (Palol y Wattenberg, 1974: 187, figs. 62 y 63) y ha podido ser confirmada tras el sondeo estratigráfico llevado a cabo en los años 1989-90, al recuperarse viviendas de tales características en los tres niveles de hábitat inferiores (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 154-158, fig. 2, lám. I). Cabañas análogas se han descrito, igualmente, en los estratos inferiores de Martinamor (Benet, 1990: 84, fig. 2, lám. III-11 y 12), Benavente (Celis, 1993: 97, fig. 3, lám. IV), Simancas (Quintana, 1993: 85-86), Cuéllar (Barrio, 1993: 179, fig. 6) y Roa (Sacristán, 1986: 61-62, fig. 6; 1993: 299, lám. III), aunque en el caso de esta última localidad la ocupación soteña parece tardía, de la fase de *madurez* de la cultura (Sacristán, 1986: 70) o, incluso, de la transición a la segunda Edad del Hierro (Sacristán, 1993: 299).

Hoyos de poste, aunque sin disposición ordenada, se han identificado, asimismo, en la base de las secuencias de Medina del Campo (García Alonso y Urteaga, 1985: 130, fig. 37-1, lám. II-3; Seco y Treceño, 1995: 236 y 238), La Aldehuela de Zamora (Santos, 1988: 104, fig. 2) y Los Baraones (Barril, 1995: 405).

Cogotas I que mencionábamos líneas arriba, aunque, como se indicaba, la distancia cronológica que las separa obliga a mantener no pocas reservas. La presencia, además, de un banco corrido en una de las exhumadas en el más antiguo nivel de hábitat de El Soto de Medinilla (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 156 y 170, fig. 2, lám. I) induce, por otro lado, a ver en ellas el precedente inmediato de las más sólidas posteriores; tal se ha entendido cuando el paso de unas a otras se ha considerado prueba del progresivo dominio de las técnicas de construcción, por una parte, y de la vocación de permanencia en el territorio, por otra (Romero, 1992: 209-210; Delibes *et alii*, 1995: 65).

Desconocemos, además, en Cogotas I otro tipo de estructuras que no sean las subterráneas tipo hoyo –“silos” y/o “basureros” (Bellido, e.p.)–, en tanto que sabemos que en el mundo soteño se levantaron como construcciones exentas graneros y hornos. Los primeros, de adobe y de planta cuadrangular, están bien atestiguados en El Soto de Medinilla (Palol y Wattenberg, 1974: 188-190, figs. 64-66, láms. XVIII-32 y XIX-33; Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 158-169, figs. 4 y 6, láms. II, IV y VI) y se sospecha respondan a idéntica utilidad algunas estructuras identificadas en Simancas (Quintana, 1993: 79, fig. 8-2) y el Cerro de San Pelayo (Castromocho, Palencia), con la particularidad, en este último caso, de su presunta fabricación en madera (Lión, 1993: 116-117, fig. 2). Perímetro circular, alzado de adobe y cierre abovedado muestran los hornos, que, según parece, se destinaron a la preparación de alimentos (Santos, 1989: 173 y 175, láms. I y II-1; Misiego *et alii*, 1993; Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 159-160, fig. 4, láms. II y III) o a la cocción de cerámica (Celis, 1993: 102-103, fig. 6, lám. V).

3. Un tercer aspecto sobre el que se ha venido insistiendo a la hora de marcar las diferencias entre Cogotas I y el Soto ha sido el de las estrategias de subsistencia. Y, así, Palol desde sus primeros trabajos contraponía ya la condición pastoril de las comunidades del primer grupo a la agrícola, itinerante, de las gentes del segundo, a las que hacía responsables de la introducción de la agricultura de gramíneas y de la cría del cerdo blanco indoeuropeo en el territorio (Palol, 1963a: 11-12; 1963b: 150; 1966: 30; 1974: 93 y 95; Palol y Wattenberg, 1974: 31-32 y 188-189). De todas formas, no hubo que esperar mucho tiempo para que, al hilo del descubrimiento de los enclaves cogoteños de la Tierra del Vino zamorana, se apuntara, habida cuenta tanto la situación de los establecimientos como la densidad de los mismos, la práctica por parte de sus pobladores de una agricultura itinerante, no exclusiva, en cualquier caso, ya que se habría compaginado con el pastoreo (Martín Valls y Delibes, 1972: 19; 1975a: 547). De la misma manera, aunque en sentido inverso, se contempla una economía mixta, si bien es cierto que con mayor peso ahora del componente ganadero, en el caso de los castros del noroeste de Zamora (Esparza, 1986: 225-228 y 386).

Insisten, en la línea de lo expuesto, al margen de variados testimonios de carácter más o menos indirecto, los abundantes silos atestiguados en la mayoría de los yacimientos Cogotas I (Bellido, e.p.) o las importantes colecciones faunísticas re-

cuperadas en los poblados soteños⁽⁸⁾, de forma que hoy día no parece posible poner en duda que unos y otros practicaran una economía mixta, por más que la importancia de la agricultura o la ganadería fuera distinta en cada caso, y aun entre establecimientos de igual signo, e incluso que, dentro de la misma actividad, los regímenes de explotación fueran diferentes (Delibes *et alii*, 1995: 53-55 y 73-77).

4. Determinantes, sin duda, a la hora de entender Cogotas I y el Soto como dos grupos distintos fueron los elementos de ajuar material. No es cuestión, en cualquier caso, en la que parezca necesario insistir aquí, pues no en vano es éste un aspecto, y en particular por lo que a la cerámica se refiere, en el que las diferencias siguen siendo nítidas.

Quizá no esté de más, pese a todo, recordar cómo constituía para Palol (1963b: 143) un dato del mayor interés el hecho de que dos sitios muy próximos, cuales eran San Pedro Regalado y El Soto de Medinilla, ofrecieran materiales tan diferentes como cerámicas excisas y del boquique, en el primer caso, y pintadas, en el segundo. Comparecían estas últimas, en el denominado Soto I, junto a especies, generalmente lisas, de perfiles asimilables a los más típicos del Ha B y C que, en el Soto II, evolucionan localmente, al tiempo que desaparecen las primeras (Palol y Wattenberg, 1974: 191-192). Nada añadiremos sobre las especies de incrustación Cogotas I; las cerámicas soteñas, como tendremos ocasión de comentar más adelante en el lugar oportuno, han sido valoradas de forma diversa en función de sus paralelos formales y decorativos.

Poco era lo que, en un principio, pudo decirse en relación con la metalurgia, salvo que la del Soto seguía siendo fundamentalmente de bronce e incorporaba el hierro (Palol y Wattenberg, 1974: 192; Rauret, 1976: 66 y 135-142, figs. 7-9, láms. XXVII-XXXIII); por fortuna, los hallazgos metálicos han venido sucediéndose en las últimas décadas y ello ha contribuido no poco al esclarecimiento de la cuestión.

Nos consta así, en primer lugar, que los escasos bronce recuperados en contextos Cogotas I denuncian, por lo general, un evidente arcaísmo (Delibes y Fernández Manzano, 1991: 208-210, fig. 2; Delibes y Romero, 1992: 238 y 240) en contraste con los mucho más numerosos, de tipología atlántica, del Bronce Final. Hallados estos últimos de forma aislada o en depósitos, y pese a la manifiesta disociación geográfica que ofrecen respecto de los asentamientos, han venido considerándose fabricados por las mismas gentes cogoteñas (Fernández Manzano, 1986: 143, fig. 46), si bien últimamente –habida cuenta la falta de testimonios que avalen su elaboración local y vista su distribución por la orla montañosa septentrional de la cuenca del Duero, donde se ubican los mejores veneros cupríferos– se ha propues-

(8) Al margen del importante estudio de conjunto reciente de A. Morales y C. Liesau (1995), merecen tenerse en cuenta los análisis faunísticos correspondientes a los restos recuperados en Sacaojos (Driesch y Boessneck, 1980) y Sejas de Aliste (Crouzel, 1986). Otras referencias, de entidad diversa, pueden encontrarse en: García Alonso y Urteaga, 1985: 115-118; Sacristán, 1986: 68-69; Celis y Gutiérrez, 1990: 120-121; Escribano, 1990: 247-251 y 255-256.

to pudieran ser la contrapartida del mineral exportado y, por ende, importaciones (Delibes y Fernández Manzano, 1991: 211, fig. 4; Delibes y Romero, 1992: 238 y 240).

Por contra, los objetos metálicos de la cultura del Soto (Delibes *et alii*, 1995: 69-72), bronceos en su mayor parte, proceden, en la práctica totalidad de las ocasiones, de los propios asentamientos y el hallazgo en los mismos de crisoles y moldes de fundición no hace sino abundar en su fabricación local. Tal condición, efectivamente, cabe atribuir a aquéllos que juzgamos más antiguos, los cuales responden, en buena medida, a modelos atlánticos del horizonte Baiões-Vénat y, por consiguiente, de un momento tardío del Bronce Final (Delibes y Romero, 1992: 243-245, fig. 5), sin que falten algunas piezas de muy acusada personalidad, caso de las pequeñas puntas de lanza o jabalina de empuñadura tubular (Fernández Manzano, Mañanes y Ramos, 1982; Delibes, 1983b); si estos elaborados se consideran hoy propios de la fase formativa del Soto, corresponden a su plenitud otros que, como las fíbulas de doble resorte, a las que habremos de aludir más adelante, se entienden oriundos, al menos en un principio, del mediodía peninsular. El hierro, del que apenas sí contamos con fragmentos informes para los momentos más antiguos, está representado con posterioridad por algunos cuchillos de hoja curva, tal y como asimismo veremos.

5. Desde el descubrimiento de la tumba vallisoletana de Renedo de Esgueva (Wattenberg, 1957), y pese a que en principio fuera entendida bajo el prisma de la dualidad cultural defendida por Maluquer a que nos referimos en páginas anteriores, ha venido afianzándose la idea de que las gentes Cogotas I practicaban enterramientos de inhumación⁽⁹⁾, al tiempo que, aun faltando otro tipo de indicios que no fueran los depósitos infantiles en ámbitos domésticos, se presumía que las del Soto, al igual que las de otros grupos de la Edad del Hierro peninsular y, en particular, los de Campos de Urnas, incineraban a sus muertos (Romero, 1985: 94; Esparza,

(9) En efecto, desde la mencionada perspectiva dualista, Palol entendió el enterramiento de Renedo como "...un buen ejemplo de yacimiento de tradición pastoril indígena con un vaso de técnica del Boquique, todavía sin asociar a las formas excisas de los indoeuropeos incinerantes como en San Pedro Regalado..." (Palol y Wattenberg, 1974: 27); de ello se desprende que las gentes Cogotas I con boquique y excisas habrían sido incineradoras, aunque no necesariamente que, en la línea de lo defendido escasos años antes para determinados hallazgos alaveses (Llanos y Fernández Medrano, 1968), los típicos campos de hoyos constituyeran sus necrópolis, ya que el propio Palol (1974: 92 y 94) negaba explícitamente tal posibilidad, ante la falta de cualquier tipo de evidencias.

No es nuestra intención, en cualquier caso, insistir aquí sobre este problema, pues las diversas posturas al respecto han sido recogidas recientemente por Esparza quien, en un trabajo monográfico al respecto (Esparza, 1990a), y aun admitiendo que no todas las personas recibieran sepultura, se inclina por el ritual de inhumación como el propio de las gentes cogoteñas. Ultimamente, y partiendo de los mismos datos que Esparza, González-Tablas y Fano (1994) advierten sobre la excepcionalidad de la inhumación en Cogotas I y proponen como práctica funeraria cotidiana ritos, cuya realización tendría lugar en los campos de hoyos -"...un espacio ritual relacionado con el mundo de la muerte"-, sin presencia física del cadáver; por otro lado, Ruíz Zapatero y Lorrio (1995: 225-226) se muestran partidarios de que lo habitual sería un tratamiento funerario que no ha dejado huellas arqueológicas apreciables y consideran a las inhumaciones excepcionales y relacionadas con óbitos particulares.

1990b: 120-121; Delibes y Romero, 1992: 245; Esparza, 1995: 136-137)⁽¹⁰⁾. Un aspecto diferencial más, a añadir a los inicialmente enumerados, entre Cogotas I y el Soto; y bien expresivas son, en este sentido, las palabras con que concluye Esparza un reciente trabajo sobre el ritual funerario de la primera de las culturas citadas: "...frente a lo que observamos en Cogotas I –ritual de inhumación generalizado, que alcanza incluso a los recién nacidos– en las culturas de la Primera Edad del Hierro de la cuenca del Duero parece darse un cambio ideológico, sociorreligioso, etc. muy profundo, consistente no sólo en la presunta adopción del ritual incinerador, sino también en la exclusión de los niños del tratamiento general y su deposición, inhumados, bajo las viviendas. Un rasgo más, en definitiva, en favor de la idea de que el Primer Hierro supuso en esta región el comienzo de un ciclo histórico bien diferente del que, remontándonos acaso al Neolítico, se cierra con Cogotas I" (Esparza, 1990a: 137).

II. DE LA FILIACION CELTICA DEL SOTO A LOS INFLUJOS DE TRADICION DE CAMPOS DE URNAS

A la vista de cuanto queda dicho, no es de extrañar que el tránsito Cogotas I/Soto se haya venido planteando en términos claramente rupturistas y que se acuñara a la llegada de gentes nuevas para explicar tan significados cambios culturales. Estas no podían ser otras que las indoeuropeas del centro de Europa, como denunciaba el carácter "céltico" de su género de vida –agricultores intensivos de gramíneas y criadores del cerdo blanco–, del empleo del adobe como material de construcción –muralla del Soto I-2 y arquitectura doméstica–, de la organización y distribución del espacio doméstico –vestíbulo, hogar central y banco corrido, aunque con la salvedad de su adecuación aquí a la anómala planta circular–, de la pintura mural, de las formas y decoraciones cerámicas –típicamente hallstáticas– y de algunos tipos metálicos; rasgos que, en su mayoría, compartía El Soto de Medinilla con Cortes de Navarra y que permitieron a Palol establecer la conocida ecuación *Soto II=Cortes PIIb* (Palol, 1958; 1963a: 11-12; 1963b: 144 y 149; 1966: 29-31; 1974: 93 y 97; Palol y Wattenberg, 1974: 32-37)⁽¹¹⁾. Un nuevo elemento en común con el

(10) Pese a que en algún caso se han documentado restos óseos humanos aislados en poblados del Soto y ha llegado a sospecharse que pudieran relacionarse con sepulturas de inhumación, dicha interpretación no parece hoy excesivamente convincente (Delibes *et alii*, 1995: 77; Esparza, 1995: 135).

Tan sólo en una ocasión, por otro lado, se ha sugerido que un yacimiento de tipo Soto pudiera corresponder a una necrópolis de incineración. En efecto, tal se propuso en relación con el enclave inmediato a la villa romana vallisoletana de Almenara de Adaja, partiendo de la reiterada, y prácticamente exclusiva, comparecencia de tres formas cerámicas –vasitos de carena resaltada, vasos de panza globular y cuello abierto y tapaderas–; los paralelos de algunas de ellas, y en particular de la primera, así como el hallazgo de un fragmento de cerámica a mano pintada, permitían suponer, además, una fecha antigua para el cementerio, coincidente con el Soto I de Palol (Balado, 1987: 174, fig. 3). Dicha hipótesis, pese a lo sugestivo de la misma (Delibes y Romero, 1992: 249), no ha sido confirmada con posterioridad (Balado, 1989).

(11) Los paralelos advertidos por Palol entre El Soto de Medinilla y Cortes de Navarra han tenido amplio eco en la bibliografía meseteña y, en particular, en los trabajos de síntesis; así en: Romero,

yacimiento navarro pudo añadirse a los enumerados tras su documentación en Medina del Campo (García Alonso y Urteaga, 1985: 130, lám. II-2): la inhumación infantil bajo el suelo de las viviendas (Romero, 1985: 94; Delibes *et alii*, 1995: 81).

A partir de los años ochenta, superada en alguna medida la terminología un tanto confusa –indoeuropeo/hallstático/céltico–, pero tan cara a la investigación de las décadas precedentes (*vid.* sobre el particular: Romero, 1985: 87; Ruiz Zapatero, 1985: 26-29; Almagro-Gorbea, 1986-87: 31-32), y tras los estudios de M. Almagro-Gorbea (1977b) y G. Ruiz Zapatero (1985) sobre los Campos de Urnas del Noreste peninsular, comienza a hablarse de la vinculación del mundo soteño a los grupos de *Campos de Urnas Tardíos* o *de la Edad del Hierro* (Romero, 1985: 95; Esparza, 1986: 387-388), llegándose incluso a explicar la aparición de la cultura del Soto como resultado no tanto de una simple aculturación cuanto de la influencia ejercida sobre las poblaciones indígenas por parte de un nuevo contingente humano al que, en palabras de Sacristán (1986: 48-49), cabría atribuir los elementos de tradición de Campos de Urnas.

Tal filiación no deja de ser igualmente problemática, puesto que no hay que olvidar, por un lado, que los característicos cementerios de incineración en urna faltan por completo en el ámbito soteño y, por otro, que tampoco se documentan en él aquellos materiales que se consideran propios de los Campos de Urnas del Hierro. Es cierto, además, que algunos de los rasgos que mejor definen la cultura material del Soto, y que se atestiguan en contextos de Campos de Urnas, se rastrean igualmente entre los grupos del mediodía peninsular, punto este último hacia el que parecen converger hoy, como más adelante habremos de comentar, todas las miradas. Cuanto queda dicho desaconseja hablar en la actualidad de Campos de Urnas en relación con el Soto (Almagro-Gorbea, 1986-87: 40-41; 1987: 316-319; Delibes y Romero, 1992: 249; Delibes *et alii*, 1995: 79), máxime si tenemos presente la paulatina gradación espacio-temporal de la impronta de los Campos de Urnas desde el Noreste hacia occidente; si en el caso del alto y medio Ebro se propone hablar de una cultura del Hierro del Ebro, a la que cabría denominar "Cultura Redal-Cortes" (Almagro-Gorbea, 1986-87: 32-33), y se considera que el horizonte PIIB de Cortes de Navarra se corresponde con la fase plena del "Hierro de Tradición de Campos de Urnas" (Ruiz Zapatero, 1995: 36, fig. 3) o si tan sólo es posible pensar en la presencia de elementos y/o influjos de tradición de Campos de Urnas en los contextos del Primer Hierro del oriente meseteño (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1988; Delibes y Romero, 1992: 249; Romero y Misiego, 1995: 71), ello resulta tanto más evidente en el caso de la cultura que nos ocupa.

En los años más recientes Almagro-Gorbea (1991, 1992, 1993a, 1994, 1995) viene formulando la hipótesis de la existencia de un substrato cultural *protocéltico*,

1985: 94; Esparza, 1986: 365-366; Romero y Jimeno, 1993: 199; Delibes *et alii*, 1995: 81. A Esparza se debe, además, un ilustrativo cuadro en el que quedan reflejadas dichas coincidencias en lo que a la arquitectura se refiere (Esparza, 1986: fig. 208; reproducido, sin los problemas compositivos del original, en Romero, 1992: fig. 9 arriba).

arcaico y de tipo indoeuropeo, en la transición del Bronce Final a la Edad del Hierro en la Meseta y el occidente de la Península Ibérica; dicho substrato se rastrea en una serie de elementos culturales y lingüísticos que, a partir de los siglos VII/VI a.C., habrían sido absorbidos de forma paulatina y eliminados como consecuencia, muy probablemente, de la expansión de la cultura celtibérica. Esta *celtización* supuso la transformación social, ideológica y lingüística del substrato que, al fragmentarse y a través de una serie de fenómenos de etnogénesis, daría lugar a la formación de los pueblos prerromanos. Entre los elementos del referido substrato, y por lo que aquí en concreto nos interesa, mencionaremos una lengua indoeuropea, céltica o precéltica, pero en cualquier caso arcaica, de la que son testimonio una serie de etnónimos, antropónimos y topónimos que conservan la *P-* inicial y que no sería otra que el *lusitano* ⁽¹²⁾; una organización social pregentilicia ⁽¹³⁾; la costumbre de comer en orden de edad y prestigio ⁽¹⁴⁾; el colectivismo agrario, que se habría mantenido entre los *vaccos* como testimonia Diodoro (V, 34, 3) ⁽¹⁵⁾; o la ausencia sistemática de cementerios y tumbas y la posible práctica de ritos funerarios caracterizados por no dejar evidencias arqueológicas. En este substrato, polimorfo, y como aportación *prototartésica*, tendrían cabida las viviendas de planta circular.

La presencia de aquella serie de rasgos innovadores que, desde el Bronce Final, se aprecian en el occidente peninsular —dentro de cuya área de influencia se encontraría el territorio que nos ocupa— y que terminarían por transformar la sociedad atlántica, perdurando durante buena parte de la Edad del Hierro e, incluso, en según qué regiones, hasta la llegada de los romanos, ha sido explicada, prácticamente al

(12) Un reciente estado de la cuestión sobre la filiación lingüística del lusitano en Untermann, 1995: 12-13.

Además de por la conservación inicial o intervocálica de la **p* indoeuropea, el lusitano se caracteriza por otra serie de rasgos que lo diferencian del *celtibérico* (véase, por ejemplo: Gorrochategui, 1993: 14).

(13) Es evidente que la mención del *origo*, expresada mediante la C invertida en las inscripciones del Noroeste (Albertos, 1975: 63-66; Pereira y Santos, 1980; Pereira Menaut, 1982; González Rodríguez, 1986: 93-95), impide hablar para dicho ámbito de una organización gentilicia, en tanto que tal se ha venido suponiendo para las poblaciones más orientales de la *Hispania* indoeuropea a partir de la alusión en los textos epigráficos a las *gens*, *gentilitates* y genitivos de plural o *cognationes* (sobre la identidad de estas dos últimas realidades parentales véanse: Pereira Menaut, 1993a, 1993b; González Rodríguez, 1993); ahora bien, la situación, planteada en estos términos, no queda clara en relación con el Duero medio, pues en el mismo son muy escasos y dispersos los restos epigráficos con mención a dichas organizaciones suprafamiliares o, mejor, grupos de parentesco (González Rodríguez, 1986: 111, mapa).

En cualquier caso, parece conveniente tener en cuenta hoy en día la crisis del modelo gentilicio para las sociedades célticas hispanas, ya que, como han puesto de manifiesto recientemente diversos autores, no es viable seguir manteniendo la condición social y mucho menos política que, partiendo de la propuesta de Morgan, venía atribuyéndose a dichos grupos de parentesco (sobre el particular, ténganse en cuenta: Beltrán, 1988; González Rodríguez, 1986: 101-110; González Rodríguez y Santos, 1987; y, muy especialmente, los distintos trabajos e intervenciones en los coloquios recogidos en González Rodríguez y Santos, eds., 1993).

(14) Dicha costumbre, que Estrabón (III, 3, 7) atribuye a los pueblos de las montañas del norte, los cuales comían sentados en bancos construidos alrededor de las paredes, sirviéndose la comida en giro, podría inferirse para las gentes soteñas, habida cuenta la planta y organización de su arquitectura doméstica.

(15) Esta práctica ha sido recientemente considerada como circunstancial, lo que explicaría las medidas extremas adoptadas ante su transgresión (Salinas, 1989).

tiempo, por Ruiz-Gálvez (1990) desde planteamientos bien diferentes. En efecto, según la mencionada autora, la llegada de dichas novedades habría de entenderse en el marco de las intensas relaciones comerciales que se aprecian desde el Bronce Final entre la fachada atlántica europea y el occidente peninsular; y así, de la mano del comercio atlántico habrían alcanzado la Península Ibérica las manufacturas metálicas atlánticas de cronología tardía, tipo Baiões-Vénat, pero también –y con el lusitano, al que considera una *lingua franca*, como vehículo de transmisión–, una serie de innovaciones tecnológicas, sociales e ideológicas –que se plasmarían en la introducción de nuevos cultivos y técnicas agrícolas y en cambios en los sistemas de posesión de la tierra, en la adopción de ideas abstractas y elementos y conceptos simbólicos asociados al guerrero, así como en las consiguientes modificaciones en la estructura social, en una progresiva sedentarización de las poblaciones y en la generalización de un ritual funerario que no dejaría huellas arqueológicas–, amén, lógicamente, de la propia lengua.

III. UN MUNDO ABIERTO A LAS TIERRAS DEL MEDIODÍA PENINSULAR

Como señalábamos en el preámbulo con que abríamos estas páginas, a lo largo de este tiempo se ha venido llamando asimismo la atención sobre la raigambre meridional de ciertos elementos de la cultura del Soto (Romero, 1985: 94-95; Esparza, 1986: 365; Almagro-Gorbea, 1986-87: 40-41; 1987: 316-317; Benet, Jiménez y Rodríguez, 1991: 134; Delibes y Romero, 1992: 251; Romero y Jimeno, 1993: 199-200; Delibes *et alii*, 1995: 81-82); los mismos afectan tanto al campo arquitectónico, como al del equipamiento material, a la esfera de las creencias o al ámbito económico, y, como se verá a continuación, algunos de ellos fueron esgrimidos, curiosamente también, a la hora de reclamar el celtismo del grupo.

1. Fue el propio Palol quien, apenas iniciados los trabajos en El Soto de Medinilla, contemplaba la posibilidad de que sus viviendas circulares fueran un elemento mediterráneo (Palol, 1958: 185), fijando su atención, con posterioridad, en las del Bronce Final del enclave granadino de Galera (Palol, 1966: 29), para defender, por último, el carácter indígena de raigambre mediterránea de tan peculiar arquitectura doméstica (Palol, 1974: 98; Palol y Wattenberg, 1974: 33 y 193). No habrían de pasar muchos años para que insistieran sobre el particular Martín Valls y Delibes (1978b: 228-229), quienes añadían al rasgo comentado la pintura mural de las mismas viviendas.

Tampoco había de escapar a planteamientos de este tipo la muralla de adobes y empalizada que se exhumó en El Soto de Medinilla, en el Soto I-2 concretamente, cuyo carácter céltico se supuso, en inicio, tanto a partir de la de adobes de Cortes de Navarra cuanto, y muy principalmente, de la centroeuropea de Heuneburg (Palol, 1964). Hoy en día existe bastante unanimidad en cuanto a la condición mediterránea de la técnica del adobe; así, Esparza (1983: 94), aun sin dejar de recono-

cer que el empleo de la madera podía remitir al mundo de los Campos de Urnas, apuntaba la necesidad de valorar la mencionada técnica como un elemento de raíz orientalizante que, habiendo arrancado del Mediterráneo oriental, se habría difundido, vía colonial, hacia occidente. Bien recientemente, Moret (1991: 21-26, en particular, 25-26), pese a confesar lo tentador de relacionar tal innovación técnica con la presencia fenicia, se inclina por una tradición indígena anterior, del Bronce reciente andaluz, que habría alcanzado tardíamente el interior peninsular; si ello parece evidente, al igual que veíamos en lo que concierne a la arquitectura doméstica, más discutible es, a nuestro juicio, el mecanismo de difusión que propone y que sitúa en el marco de las relaciones entre la Meseta y el mediodía, con los grupos Cogotas I como agentes responsables del mismo.

2. Centrándonos ahora en los materiales arqueológicos y, en primer lugar, en las cerámicas, es preciso reconocer el innegable paralelismo que existe entre algunas de El Soto de Medinilla y las de tradición de Campos de Urnas de Cortes de Navarra u otros grupos del Primer Hierro meseteño, caso de la cultura castreña soriana (Romero, 1991: 239-301); y bien expresiva resulta en este sentido una reciente ilustración de Ruiz Zapatero (1995: fig. 6), quien, en la línea de Almagro-Gorbea (1992: 8; 1993a: 128; 1994: 20), interpreta tan evidentes afinidades tipológicas en virtud de una *deriva cultural*, característica de zonas fronterizas, desde el Ebro medio. Pero es igualmente notorio que otras, como alcanzara a advertir el mismo Palol (1974: 97), obligan a volver la mirada hacia las tierras del mediodía peninsular.

Es el caso, sin ir más lejos, en lo que a las formas se refiere, de ciertos platos o tapaderas, cuyos perfiles recuerdan a los de los ejemplares con retícula bruñida del Bronce Final andaluz (Martín Valls y Delibes, 1978b: 229); de los vasitos carenados que, aunque ampliamente difundidos durante el Bronce Final, encuentran sus mejores paralelos en contextos del Levante, Andalucía o Extremadura (Romero 1980: 139-145, fig. 1-10 a 14); o de copas que, como las identificadas en Los Cuestos de la Estación (Benavente, Zamora) –si bien, de tener en cuenta la posibilidad sugerida por Esparza (1995: 132) de que pudieran corresponder a esta forma algunos de los bordes almendrados tradicionalmente considerados platos o tapaderas, tendrían una más amplia representación–, remiten a recipientes fabricados ya a torno de los niveles orientalizantes de Medellín y, en última instancia, a los pebeteros de las colonias fenicias andaluzas (Celis, 1993: 119 y 123, fig. 15).

Es asimismo el caso, por lo que tiene que ver con las decoraciones, de las cerámicas pintadas, durante tanto tiempo denominadas *hallstätticas*, que Palol identificara en el Soto I y relacionara con las centroeuropeas del Ha C (p.e. Palol y Wattenberg, 1974: 192) y que, tras el estudio de síntesis de Almagro-Gorbea (1977a: 459-460, fig. 189), vienen adscribiéndose al tipo *Meseta*, cuyo origen rastrea el mencionado autor en otro *Andaluz*. Las intervenciones arqueológicas más recientes en yacimientos soteños han permitido ampliar el número de vasijas a mano decoradas con pinturas. Su diversidad formal y, principalmente, decorativa impiden considerarlas como un todo homogéneo, pero, en cualquier caso, lo cierto es que el

mediodía peninsular sigue siendo el punto obligado de referencia; así, los ejemplares de Ledesma (Benet, Jiménez y Rodríguez, 1991: 129-130, 134 y 136, fig. 5-14 y 15, lám. VI) y La Aldehuela (Santos, 1988: 102-104; 1990: 228-232, láms. 2 y 3) se han paralelizado con otros de Medellín, y con las de tipo *Carambolo* un vaso de Martinamor (Benet, 1990: 84-85 y 89-90, figs. 3 y 4).

En el mismo sentido, y en segundo lugar, cabe tener presentes algunos datos en relación con la metalurgia soteña que, según quedó dicho en páginas anteriores, sigue siendo mayoritariamente de bronce, aunque no hay que olvidar que es ahora cuando se registran los primeros objetos de hierro. Interesan, en particular ahora, algunas piezas bronceas como las fíbulas de doble resorte, de las que cada vez se va conociendo en tierras del Duero un mayor número de ejemplares (Delibes *et alii*, 1995: 71); al margen de cuál fuera el origen y/o el modelo que inspirara estos imperdibles (Ruiz Delgado, 1989: 106-114; 1991; Argente, 1994: 52-53), los del Soto, en concreto, responden al tipo más antiguo -IA1 de Ruiz Delgado (1989: 94-96, mapa III) o 3A de Argente (1994: 52 y 56-57, mapa VI)-, ampliamente representado en la fachada mediterránea y en el área andaluza, zona esta última desde donde se habría difundido hacia el occidente de la Meseta (Ruiz Delgado, 1989: 113; Argente, 1994: 55). Aunque mucho menos significativas en número, merecen ser tenidas en cuenta igualmente algunas otras piezas de bronce: así, los brazaletes en omega que, pese a lo discutido de su origen (Gutiérrez González, 1985: 47-52), se entienden hoy inspirados en modelos orientalizantes (Campano y Val, 1986: 32-33; Esparza, 1990b: 106; Delibes *et alii*, 1995: 71; Esparza, 1995: 134); el jarro de boca trilobulada hallado en Coca -que, tras recientes excavaciones llevadas a cabo en la ciudad, es posible relacionar con la ocupación soteña del lugar (Romero, Romero y Marcos, 1993: 255-256)-, salido, junto a los de Alcalá del Río, Torres Vedras y Carmona, de un taller colonial fenicio-occidental (Aldana, 1981: 124 y 126, cuadro 1); y, por último, el broche de cinturón que portaba el individuo que encontró la muerte en Vía Seca (Ojoguareña, Burgos) (Ortega y Martín, 1986: 357-360), que recuerda a los tartésicos del primer grupo de Cerdeño (1981: 49 y 53-56, fig. 2-1 a 3).

En lo que al hierro respecta, partiremos de la idea, generalmente admitida en la actualidad, de que fue introducido en la Península Ibérica de manos de los fenicios según manifiestan, por un lado y en primer lugar, algunas manufacturas importadas de fecha precolonial y, por otro y más tarde, la generalización de la siderurgia en ambientes coloniales y su posterior difusión hacia las tierras del interior (Ruiz Zapatero, 1992: 106-113 y 116; Almagro-Gorbea, 1993b). Reiteradamente se ha venido acudiendo a una última referencia de Palol, en relación con El Soto de Medinilla, para hablar de la presencia de hierro en el mismo desde sus primeros momentos (Palol y Wattenberg, 1974: 192), habiéndose pasado por alto que en varios trabajos anteriores se insistía en la ausencia de hallazgos metálicos y se deducía, partiendo de la documentación de moldes de fundición de arcilla, la exclusividad de la metalurgia broncea para el Soto I (Palol, 1963a: 11; 1966: 30). Los trabajos más recientes han deparado en la práctica totalidad de los yacimientos excavados restos del nuevo metal, aunque se trate en muchos casos, como ocurriera entonces en El Soto

de Medinilla y ha podido confirmarse de nuevo allí mismo (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 174-175), de pequeños fragmentos amorfos (Delibes *et alii*, 1995: 72); dichos restos son, en alguna ocasión, muy antiguos, como ocurre con los del controvertido Castillo de Burgos (Uribarri, Martínez y Leis, 1987: 139, 141 y 165-167) y, en menor medida, con los del propio Soto de Medinilla, lo que ha dado pie a pensar, al menos para estos últimos, en su condición de importados (Delibes *et alii*, e.p.). Sólo en contadas ocasiones han podido identificarse los objetos recuperados y se da la circunstancia de que se trata casi siempre de hojas curvas pertenecientes a cuchillos; ocurre, además, que estas piezas suelen aparecer asociadas, curiosamente, a fíbulas de doble resorte (Delibes *et alii*, 1995: 72; Esparza, 1995: 134), lo que, a la vista de cuanto quedó dicho con anterioridad respecto a estas últimas y habida cuenta que eso mismo se aprecia en otros contextos peninsulares de la Edad del Hierro, apoyaría todavía más la tesis de que el hierro alcanzó desde las costas meridionales, y en compañía de los mencionados imperdibles, las tierras del interior (Almagro-Gorbea, 1986-87: 37; 1987: 325; Ruiz Zapatero, 1992: 110-111; Lorrio, 1994: 219; 1995: 219).

3. Muy pocos son, como indicamos en su momento, los datos que poseemos en relación con el mundo de las creencias de las gentes soteñas. En realidad, la documentación arqueológica en este punto se reduce, según comentábamos también, a unos depósitos cuya particularidad reside no tanto en que contengan restos óseos correspondientes a individuos infantiles cuanto en que se practicaron en el interior de las viviendas y, en concreto, bajo el suelo de las mismas.

Prescindiremos obviamente aquí de entrar a considerar el carácter de tales inhumaciones, es decir, de si se trata de auténticos enterramientos o de si, por el contrario, nos hallamos ante sacrificios, posiblemente ligados a ritos de fundación, al igual que se sugiere para el caso de ciertos depósitos animales y, en particular, de ovicápridos (Guérin y Martínez Valle, 1987-1988: 243-254; VV.AA., 1989; Barrial, 1990; Miró y Molist, 1990; Dedet y Schwaller, 1990: 146-147 y 152-153; Dedet, Duday y Tillier, 1991: 95-97 y 101-102), de los que hasta el momento contamos con un único testimonio en este mundo, en el mismo Soto de Medinilla en concreto (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 154). Por suerte, los hallazgos de inhumaciones infantiles en contextos soteños son cada vez más numerosos (Delibes *et alii*, 1995: 78); ello ha llevado a interpretarlos en términos funerarios y ha permitido hablar—máxime cuando, tal y como tuvimos ocasión de señalar con anterioridad, se ha venido presumiendo que las gentes del Duero medio habrían sido, como las del Primer Hierro de otros ámbitos peninsulares, incineradoras— de una práctica reservada, por mor de una particular ideología funeraria, a un determinado grupo de edad, los niños, que habrían quedado, de esta manera, excluidos del *locus* y el rito habitualmente destinados a los restantes miembros de la comunidad (Esparza, 1995: 135-136).

Independientemente del carácter y significado de tales prácticas, los distintos autores han venido buscando su origen en diversas culturas mediterráneas y en la

misma dirección se ha apuntado igualmente en relación con las inhumaciones soteñas (Romero, 1985: 94; Romero y Jimeno, 1993: 199). En los últimos años, sin embargo, la antigüedad de algunos de estos depósitos ha dado pie a valorar las tradiciones locales más que las influencias externas; así ocurre con los franceses del Languedoc y la Provenza, cuyas raíces pueden rastrearse, cuando menos, desde el Calcolítico (Dedet y Schwaller, 1990: 146 y 156; Dedet, Duda y Tillier, 1991: 102), y otro tanto se señala a propósito de La Pedrera de Vallfogona (Balaguer, Lérida), donde se apunta al substrato del Bronce Medio (Gallart y Junyent, 1989: 57-60), aunque no faltan quienes los relacionan con las aportaciones centroeuropeas de Campos de Urnas (Maya, 1986: 45; Maluquer, Gracia y Munilla, 1990: 127-129).

4. Llamaremos finalmente la atención, en la línea de cuanto venimos comentando, sobre lo significativo de la presencia en contextos soteños de determinadas faunas. Nos referimos en concreto a ciertos moluscos –de entre los que destacaremos el *Hexaplex trunculus*, un caracol productor de púrpura–, habituales en yacimientos tartésico-fenicios, pero, ante todo, al asno, un équido cuya introducción en la Península Ibérica se atribuye a los fenicios, y a algunas especies comensales –cuyo comportamiento parece corresponder a fenómenos de colonización, faunísticamente hablando ahora–, caso del ratón doméstico, atestiguados todos ellos en La Mota de Medina del Campo (Morales y Liesau, 1995: 471-472, 499, 504 y 508-510, fig. 14, tabs. 4, 6 y 38).

El asno no se ha documentado en los niveles del Primer Hierro de El Soto de Medinilla –aunque figura, con posterioridad, desde los inicios de la ocupación vaccea, momento en el que parece poder hablarse ya de una cabaña estable, y no de individuos aislados e importados esporádicamente, y en el que se constata asimismo la existencia de gallina, especie de introducción fenicia igualmente (Morales y Liesau, 1995: 481 y 497, tabs. 3 y 36)–, pero su presencia podría inferirse, habida cuenta el carácter de especies asociadas, a partir de la fauna comensal, del gorrión y, en particular, del ratón domésticos (Morales y Liesau, 1995: 507-510, fig. 16), atestiguados en un momento que viene a coincidir con el de su presencia en La Mota (Delibes *et alii*, e.p.).

En definitiva, toda una serie de rasgos culturales y elementos materiales cuya presencia en torno al Duero medio ha venido interpretándose –y sería ocioso enumerar aquí la larga nómina de autores que se han pronunciado en este sentido– en virtud de relaciones con el mediodía peninsular y cuya arribada habría tenido lugar a través de la que con el tiempo sería la Vía de la Plata; un camino éste que, como evidencia la fíbula de codo de San Román de Hornija (Delibes, 1978: 236 y 244-246, fig. 7), era transitado ya, como poco, desde el Bronce Final y del que constituyen importantes jalones, para el momento que nos ocupa, diversas estaciones extremeñas y, en particular, la pacense de Medellín (Almagro-Gorbea, 1977a) o la tumba toledana de la Casa del Carpio en Belvís de la Jara (Pereira y Álvaro, 1988; Pereira Sieso, 1989; Pereira y Álvaro, 1990).

Ahora bien, siguiendo lo expuesto en un reciente ensayo, cabría preguntarse con Delibes, por lo que se refiere ante todo a los objetos materiales, si nos encontramos ante: “¿Un simple intercambio de mercancías? ¿Regalos entre las élites de ambos espacios, al objeto de estrechar relaciones con vistas a una colaboración económica más profunda? ¿Tal vez, inclusive, ajueres femeninos resultantes de una política de alianzas con intercambio de mujeres, como sugieren las ofrendas inequívocamente tartésicas de una tumba de Carpio de Tajo, al pie mismo de la vertiente meridional de la Sierra de Gredos?” (Delibes, 1995: 126).

Esparza ha ido todavía algo más lejos. Por un lado, y una vez analizados los argumentos en pro y en contra de la continuidad cultural Cogotas I-Soto, se interroga si “...¿pueden unos pocos grupos absolutamente dispersos dar origen a [...] una civilización tan pujante como la del Soto de Medinilla?”. Por otro, y a la vista igualmente de los elementos autóctonos mencionados, se pregunta sobre si “¿Debe recurrirse entonces a la idea de un potente *sustrato poblacional* que, estimulado por distintas influencias extrameseteñas, fue capaz de impulsar, sobre las ruinas de Cogotas I, la civilización del Soto?”. Y, finalmente, no sin antes apreciar que el vaso pintado de Martinamor, habida cuenta su alta cronología, “...parece corresponder a un grupo humano de carácter foráneo que [...] porta una cultura material claramente diferente de la de Cogotas I”, y tras contemplar el posible significado de la muralla de El Soto de Medinilla y de ciertas armas soteñas, concluye manifestando que “...no habría que descartar la contribución foránea, no ya en los rasgos culturales que se mencionaron, sino incluso en lo que se refiere a la propia base humana de la cultura del Soto” (Esparza, 1995: 140-144).

IV. CONSIDERACIONES FINALES

De cuanto queda dicho hasta aquí se desprende cómo, una vez superada la tendencia a entender la cultura del Soto desde una perspectiva difusionista, de carácter invasionista, se ha pasado a valorar el componente autóctono, no sin implicaciones, en cualquier caso, de tipo aculturador, razón por la cual se han venido considerando diferentes aportaciones: de Campos de Urnas, en un principio, y meridionales o mediterráneas, después. El problema no está por ello, ni con mucho, resuelto, puesto que, vistas así las cosas, es obligado preguntarse cuál o cuáles pudieron ser los factores detonantes del cambio cultural.

Hace poco más de un lustro, y en un trabajo de síntesis sobre la Edad del Hierro zamorana, Esparza (1990b: 123), al llamar la atención sobre la intensificación que en la explotación de los recursos agropecuarios –que no cambio en la orientación económica– se apreciaba en el mundo del Soto con respecto a Cogotas I, se interrogaba sobre el porqué de la coincidencia de tal fenómeno con un momento de cambio cultural y, en su opinión, razones de índole diversa –tecnológicas, demográficas, climáticas y económicas– pudieran explicar tales transformaciones. Esos mismos argumentos han sido esgrimidos, no hace mucho, por el citado autor (Esparza, 1995: 139-144) en relación con la formación de la nueva cultura; y, habida cuenta

que ninguno de ellos, por sí sólo, sería concluyente en este sentido y que el componente humano cogoteño parece insuficiente, a todas luces, para generar el potencial demográfico que se intuye en el Soto e incapaz, además, de impulsar los cambios socioeconómicos que hacen de este último mundo una pujante cultura, termina por no descartar, tal y como vimos líneas arriba, un aporte poblacional foráneo, que entendemos de origen meridional.

En idénticos parámetros socioeconómicos se mueve una, igualmente reciente, propuesta de Delibes (1995: 125-128) quien, sin olvidar las innovaciones tecnológicas ni las aportaciones extrameseteñas, pero teniendo muy presente lo relativamente tardío de las mismas, sitúa la clave de las transformaciones en el seno de las poblaciones locales, cuyo crecimiento habría requerido un replanteamiento de las estrategias de subsistencia y de los patrones de ocupación del territorio.

En consonancia con esta última propuesta, cobran todo su sentido esos endebles poblados con cabañas de ramaje que las excavaciones más recientes vienen poniendo al descubierto en los niveles de base de algunos *tells* soteños y que, amén de recordar, como comentamos en estas mismas páginas, las inestables alquerías de Cogotas I, parecen responder a ese primer momento de contacto con el territorio en el que sus moradores tratarían de valorar los potenciales recursos del mismo (Romero, 1992: 210; Delibes *et alii*, 1995: 86). Tan poco consistentes establecimientos corresponderían a lo que se entiende ya hoy como *fase formativa* de la cultura del Soto (Delibes *et alii*, 1995: 84-87); una fase ésta que cabe hacer coincidir en sus inicios con los últimos compases del Bronce Final –si tenemos presente algún dato ya aludido a lo largo de este trabajo, cual es la asimilación de los objetos de bronce más antiguos aparecidos en contextos soteños a modelos atlánticos del horizonte Baiões-Vénat– y que puede darse por inaugurada, no ya hacia el 800 a.C. –tal y como se apuntó en su día (Palol, 1974: 99; Palol y Wattenberg, 1974: 34 y 192) y vendrían a confirmar las dataciones absolutas obtenidas en Martinamor (Benet, 1990: 85)– sino en una fecha anterior que, aunque imprecisa, cabe situar en torno a mediados de la novena centuria a.C., según las más antiguas dataciones radiocarbónicas disponibles para El Soto de Medinilla (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 156), las cuales, calibradas, aún nos llevarían a un momento entre el 1000 y el 900 a.C. (Delibes *et alii*, e.p.).

El cambio advertido en la arquitectura doméstica, en las casas, que, aunque de planta igualmente circular, pasan a construirse con materiales más sólidos y duraderos, o la erección en algunas estaciones, prácticamente al tiempo como denuncia el propio Soto de Medinilla, de obras defensivas artificiales evidencian una clara vocación de permanencia en el territorio, consecuencia, sin duda, de los favorables resultados obtenidos en la explotación del mismo y de los que constituyen excelente testimonio tanto las grandes tinajas de provisiones localizadas en el interior de las viviendas y los graneros exhumados al exterior de éstas, cuanto las importantes colecciones faunísticas recuperadas en las últimas excavaciones. Todo ello ha dado pie a hablar, en relación con El Soto de Medinilla, si bien nada impide hacerlo extensivo hoy a todo el grupo, de un momento de *una cierta abundancia y un cierto bienestar* (Palol, 1963a: 10-11), de una *sociedad opulenta* (Morales y Liesau, 1995:

506-507); un contexto, en definitiva, en el que resultan fácilmente explicables todos esos elementos foráneos a que aludíamos con anterioridad, que confieren al mundo soteño un cierto aire cosmopolita, y que ha permitido a Esparza (1995: 142) referirse a él como una civilización *pujante*.

En efecto, sería ahora, en la fase del Soto que identificamos como de *madurez* o *plenitud*, cuyos inicios se sitúan al filo del 700 a.C. y en la que tendrían cabida el Soto I y II de Palol (Delibes *et alii*, 1995: 87)⁽¹⁶⁾, cuando el valle medio del Duero se muestra más permeable a las relaciones con el exterior, ya sea con el valle del Ebro, ya, y sobre todo, con las tierras del mediodía peninsular. Si algunos objetos de esta última procedencia, caso del vaso, tantas veces citado, de Martinamor o del hierro de El Soto de Medinilla, pueden considerarse muestras esporádicas de tales contactos en el período anterior, lo cierto es que es en este momento cuando se generalizan productos como los vasos con decoración pintada, las fibulas de doble resorte o los cuchillos de hierro. Dichas piezas menudean, sobre todo, en los yacimientos localizados al sur del Duero, así como en los más occidentales de la cuenca, abundando ello en la idea, largamente sostenida, de su arribada a lo largo de la Vía de la Plata. Su presencia en el territorio bien pudiera explicarse en función de las consabidas relaciones comerciales —quién sabe si a cambio, tal y como se ha sugerido recientemente, de caballos (Delibes, 1995: 128-129), de cuya cría e importancia tenemos pruebas tanto en Roa (Sacristán, 1986: 68-69) como, y muy singularmente, en el mismo Soto de Medinilla (Morales y Liesau, 1995: 478-479, tabs. 1, 2 y 32)—, pero de igual forma en virtud de una política de matrimonios e intercambios de regalos entre las élites.

En resumen, no es fácil todavía hoy, como reconocíamos en alguna otra ocasión anterior (Delibes y Romero, 1992: 251; Delibes *et alii*, 1995: 82), explicar el origen y formación del mundo del Soto, pues, si es innegable el significado que en ello tuvo el substrato, es imposible dejar de tener en cuenta la asimilación de ciertos aspectos culturales y materiales de procedencia diversa; es evidente, por otra parte, que no debemos valorar en exceso la importancia de algunos de estos últimos, ya que, aun cuando acaben por configurarse como uno más de sus rasgos, tampoco la explican por sí mismos (Almagro y Ruiz Zapatero, 1992: 491). En cualquier caso, hemos transcendido la simple, y un tanto cómoda, visión invasionista y hemos tomado conciencia de lo complejo del proceso formativo de esta personal cultura de la Edad del Hierro peninsular.

(16) Vistas así las cosas, es decir, entendidos el Soto I y II de Palol como un todo y fijados los inicios de la fase de *plenitud* en torno al 700 a.C., pueden solventarse, tal y como avanzábamos en otro trabajo (Delibes *et alii*, 1995: 86-87), algunos de los problemas que la alta cronología propuesta para el Soto I planteaba a Esparza (1986: 364-368; 1995: 106 y 131 nota 90), en relación con la presencia en el mismo de cerámicas pintadas y objetos de hierro y con la erección de la muralla, y que le llevaron a rebajar en un siglo los inicios de dicha fase, opinión que comparte plenamente Moret (1991: 23) a propósito del mencionado sistema defensivo; tal ajuste no deja de suscitar, como el mismo Esparza advertía, algunos inconvenientes, caso del enlace entre Cogotas I y el Soto, que quedan resueltos ahora con la contemplación de la mencionada fase *formativa*.

BIBLIOGRAFIA

- ALBERTOS FIRMAT, M.L. (1975): *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania antigua*. Studia Archaeologica, 37. Valladolid.
- ALDANA NACHER, C. (1981): Aportaciones al estudio de la Toreútica Orientalizante en la Península Ibérica. *Saguntum*, 16: 119-135.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977a): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV. Madrid.
- (1977b): El Pic dels Corbs, de Sagunto, y los campos de urnas del NE. de la Península Ibérica. *Saguntum*, 12: 89-141.
- (1986): Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas prerromanas. En *Historia de España. I. Prehistoria* (Jordá Cerdá, F. et alii). Madrid: 341-532.
- (1986-87): Los Campos de Urnas en la Meseta. En *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Salamanca, 1984. *Zephyrus*, XXXIX-XL: 31-47.
- (1987): La celtización de la Meseta: estado de la cuestión. En *Actas del I Congreso de Historia de Palencia. I. Arte, Arqueología y Edad Antigua*. Monzón de Campos, 1985. Valladolid: 313-344.
- (1991): I Celti della penisola iberica. En *I Celti* (Moscatti, S. coord.). Milano: 389-405.
- (1992): El origen de los celtas en la Península Ibérica. Protoceltas y celtas. *Polis*, 4: 5-31.
- (1993a): Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural. En *Los Celtas: Hispania y Europa* (Almagro-Gorbea, M.; Ruiz Zapatero, G. eds.). Madrid: 121-173.
- (1993b): La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el Período Protoorientalizante. *Complutum*, 4: 81-94.
- (1994): Urbanismo de la Hispania "céltica". Castros y Oppida del centro y occidente de la Península Ibérica. En *Castros y Oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea, M.; Martín, A.M. eds.). *Complutum Extra*, 4. Madrid: 13-75.
- (1995): From Hillforts to Oppida in "Celtic" Iberian. En *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia. From the Copper Age to the Second Century AD* (Cunliffe, B.; Keay, S. eds.). Proceedings of the British Academy, 86. London: 175-207.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (1992): Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro. En *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Almagro-Gorbea, M.; Ruiz Zapatero, G. eds.). Reunión de Madrid, 1989. *Complutum*, 2-3: 469-499.
- ARGENTE OLIVER, J.L. (1994): *Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. Excavaciones Arqueológicas en España, 168. Madrid.
- BALADO PACHÓN, A. (1987): La secuencia protohistórica del yacimiento de Almenara de Adaja (Valladolid). *BSAA*, LIII: 169-177.
- (1989): *Excavaciones en Almenara de Adaja: el poblamiento prehistórico*. Valladolid.

- BARRIAL I JOVÉ, O. (1990): El ritual del sacrificio en el mundo ibérico catalán. *Zephyrus*, XLIII: 243-248.
- BARRIL VICENTE, M. (1995): El Castro de "Los Baraones" (Valdegama, Palencia): un poblado en el alto valle del Pisuega. En *Poblamiento Celtibérico* (Burillo Mozota, F. coord.). *III Simposio sobre los Celtíberos*. Daroca (Zaragoza), 1991. Zaragoza: 399-408.
- BARRIO MARTÍN, J. (1993): Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia). En Romero, F.; Sanz, C.; Escudero, Z. eds.: 173-212.
- BELLIDO BLANCO, A. (en prensa): *Los campos de hoyos. Inicios de la economía agrícola en la Submeseta Norte*. *Studia Archaeologica*, 85. Valladolid.
- BELTRÁN LLORIS, F. (1988): Un espejismo historiográfico. Las "organizaciones gentilicias" hispanas. En *Actas del 1.º Congreso Peninsular de Historia Antigua*, vol. II, (Pereira Menaut, G. ed.). Santiago de Compostela, 1986. Santiago de Compostela: 197-237.
- BENET, N. (1990): Un vaso pintado y tres dataciones de C-14 procedentes del Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca). *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, III: 77-93.
- (1993): Arqueología preventiva y de gestión (1989-1990). Salamanca. *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 333-349.
- BENET, N.; JIMÉNEZ, M.C. y RODRÍGUEZ, M.B. (1991): Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: La excavación en la Plaza de San Martín. En *Del Paleolítico a la Historia* (Santonja, M. coord.). Salamanca: 117-136.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): *Etmología de la Península Ibérica*. Barcelona.
- CAMPANO LORENZO, A. y VAL RECIO, J. DEL (1986): Un enclave de la primera Edad del Hierro en Zamora. "El Castro", Camarzana de Tera. *Revista de Arqueología*, 66: 29-33.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V.; MICÓ PÉREZ, R. y SANAHUJA YLL, M.E. (1995): Genealogía y cronología de la "Cultura de Cogotas I". (El estilo cerámico y el grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico). *BSAA*, LXI: 51-118.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1993): La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de "Los Cuestos de la Estación", Benavente (Zamora). En Romero, F.; Sanz, C.; Escudero, Z. eds.: 93-132.
- CELIS SÁNCHEZ, J. y GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J.A. (1990): Resumen de los resultados obtenidos en la IV Campaña de excavaciones en "Los Cuestos de la Estación", Benavente, Zamora (septiembre-octubre de 1990). *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 105-122.
- CERDEÑO, M.L. (1981): Los broches de cinturón tartésicos. *Huelva Arqueológica*, V: 31-56.
- CROUZEL, F. (1986): Restos de fauna. En *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora* (Esparza Arroyo, A.). Zamora: 395-396.
- CUADRADO BASAS, A. y SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1993): El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo. En Romero, F.; Sanz, C.; Escudero, Z. eds.: 303-334.

- DEDET, B. y SCHWALLER, M. (1990): Pratiques culturelles et funéraires en milieu domestique sur les oppidums languedociens. *Documents d'Archéologie Méridionale*, 13: 137-161.
- DEDET, B.; DUDAY, H. y TILLIER, A.-M. (1991): Inhumations de foetus, nouveau-nés et nourrissons dans les habitats protohistoriques du Languedoc: l'exemple de Gailhan (Gard). *Gallia*, 48: 59-108.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1978): Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid). *Trabajos de Prehistoria*, 35: 225-250.
- (1983a): Grup cultural Las Cogotas I: una visió crítica. *Tribuna d'Arqueologia 1982-1983*: 85-92.
- (1983b): Un conjunto de lanzas de bronce de Cisneros, Palencia. En *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, vol. II. Madrid: 69-79.
- (1995): El amanecer de la Historia. En *Historia de una cultura. I. Castilla y León en la Historia de España* (García Simón, A. ed.). Valladolid: 77-131.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1981): El castro protohistórico de "La Plaza" en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I. *BSAA*, XLVII: 51-70.
- (1991): Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta española. En *L'Age du Bronze Atlantique. Ses faciès, de L'Ecosse à L'Andalousie et leurs relations avec le Bronze Continental et la Méditerranée* (Chevillot, Ch.; Coffyn, A. dirs.). *Actes du Ier. Colloque du Parc Archéologique de Beynac*. Beynac, 1990. Beynac: 203-212.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1986-87): Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I. En *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Salamanca, 1984. *Zephyrus*, XXXIX-XL: 17-30.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. (1992): El último milenio a. de C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural. En *Paleo-etnología de la Península Ibérica* (Almagro-Gorbea, M.; Ruiz Zapatero, G. eds.). Reunión de Madrid, 1989. *Complutum*, 2-3: 233-258.
- DELIBES DE CASTRO, G. y VAL RECIO, J. DEL (1990): Prehistoria reciente zamorana: del Megalitismo al Bronce. En *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora. II. Prehistoria e Historia Antigua*. Zamora, 1988. Zamora: 53-99.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F. y MORALES MUÑIZ, A. eds. (1995): *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L. (1995): El poblado "céltico" de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90. En Delibes, G.; Romero, F.; Morales, A. eds.: 149-177.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; ESCUDERO NAVARRO, Z. y SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1995): Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio. En Delibes G.; Romero, F.; Morales, A. eds.: 49-146.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO CARNICERO, F.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L.; MISIEGO TEJEDA, J.C. y MARCOS CONTRERAS, G.J. (en prensa): El tránsito Bronce Final-Primer Hierro en el Duero medio.

- A propósito de las nuevas excavaciones en El Soto de Medinilla (Valladolid). En *Homenaje a la Dra. D.ª Ana María Muñoz Amilibia. Verdolay*, 7.
- DRIESCH, A. VON DEN y BOESSNECK, J. (1980): Tierknochenfunde aus Sacaojos bei La Bañeza (Provinz León). Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel, 7. München: 122-159.
- ESCRIBANO VELASCO, C. (1990): La Edad del Hierro en el occidente de Zamora y su relación con el horizonte del Soto de Medinilla: "El Castillo", Manzanal de Abajo (Zamora). *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 211-263.
- ESCUADERO NAVARRO, Z. (1988): Cultura celtibérica en el Soto de Medinilla. *Revista de Arqueología*, 89: 32-41.
- (1995): Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de "El Soto de Medinilla" (Valladolid). En Delibes G.; Romero, F.; Morales, A. eds.: 179-217.
- ESPARZA ARROYO, A. (1983): Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio Astur. En *Cántabros y Astures (Bimilenario de las Guerras Cántabras y Astures)*. *Lancia*, 1: 83-101.
- (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del Noreste de Zamora*. Zamora.
- (1990a): Sobre el ritual funerario de Cogotas I. *BSAA*, LVI: 106-143.
- (1990b): La Edad del Hierro en Zamora. En *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora. II. Prehistoria e Historia Antigua*. Zamora, 1988. Zamora: 101-126.
- (1995): La Primera Edad del Hierro. En *Historia de Zamora. I. De los orígenes al final del Medievo* (Alba López, J.C. coord.). Zamora: 101-149.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (1993): La secuencia cultural durante la prehistoria reciente en el sur de la Meseta Norte española. En *Actas do 1º Congresso de Arqueologia Peninsular*, vol. I, (Jorge, V.O. coord.). Porto, 1993. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXXIII-1 y 2: 145-178.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1985): La Edad del Bronce. La consolidación de la metalurgia y sus implicaciones socioeconómicas. En *Historia de Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero* (Delibes, G. et alii). Valladolid: 54-81.
- (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*. Almazán (Soria).
- FERNÁNDEZ MANZANO, J.; MAÑANES PÉREZ, T. y RAMOS, F. (1982): Depósito de puntas de bronce hallado en Bembibre (León). *Trabajos de Prehistoria*, 39: 349-368.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. (1982): Consideraciones sobre la técnica de Boquique. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 137-159.
- (1986): La cultura de Cogotas I. En *Actas del Congreso "Homenaje a Luis Siret" (1934-1984)*. Cuevas de Almanzora, 1984. Sevilla: 475-487.
- GALLART, J. y JUNYENT, E. (1989): *Un nou tall estratigràfic a la Pedrera, Vallfogona de Balaguer Termens, La Noguera, Lleida*. *Espai/Temps. Quaderns del Departament de Geografia i Història de l'Estudi General de Lleida*, 3. Lleida.
- GARCÍA ALONSO, M. y URTEAGA ARTIGAS, M. (1985): La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro en La Mota (Medina del Campo, Valladolid). *NAHispan.*, 23: 61-140.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.C. (1986): *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*. *Anejos de Veleia*, 2. Vitoria.

- (1993): Reflexiones sobre las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea. En González, M.C.; Santos, J. eds.: 139-166.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.C. y SANTOS YANGUAS, J. (1987): El caso de las llamadas *gentilitates*: revisión y propuestas. En *Studia Paleohispanica* (Gorrochategui, J.; Melena, J.L.; Santos, J. eds.). Actas del IV Coloquio sobre *Lenguas y Culturas paleohispánicas*. Vitoria, 1985. *Veleia*, 2-3: 373-382.
- eds. (1993): *Las estructuras sociales indígenas del Norte de la Península Ibérica*. Revisión de Historia Antigua, I. Vitoria.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J. (1988-89): La cultura de El Soto de Medinilla. Algunas consideraciones. *Zephyrus*, XLI-XLII: 331-337.
- (1989): Los niveles superiores de Sanchorreja. La primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta. *Trabajos de Prehistoria*, 46: 117-128.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J. y FANO MARTÍNEZ, M.A. (1994): El fenómeno de la muerte en Cogotas I: una propuesta metodológica. *Zephyrus*, XLVII: 93-103.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J.; ARIAS GONZÁLEZ, L. y BENITO ÁLVAREZ, J.M. (1986): Estudio de la relación relieve/sistema defensivo en los castros abulenses (fines de la Edad del Bronce-Edad del Hierro). En *Coloquio sobre el microespacio-3. Del Bronce Final a Epoca Ibérica*. Teruel, 1986. *Arqueología Espacial*, 9. Teruel: 113-126.
- GORROCHATEGUI, J. (1993): La lengua de las poblaciones prerromanas del área indoeuropea. En González, M.C.; Santos, J. eds.: 13-21.
- GUÉRIN, P. y MARTÍNEZ VALLE, R. (1987-1988): Inhumaciones infantiles en poblados ibéricos del área valenciana. *Saguntum*, 21: 231-265.
- GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J.A. (1985): *El poblamiento antiguo y medieval en la montaña central leonesa*. León.
- HEREDERO GARCÍA, R. (1995): Notas sobre la Edad del Hierro en el yacimiento de El Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid). En Delibes, G.; Romero, F.; Morales, A. eds.: 247-269.
- IGLESIAS MARTÍNEZ, J.C. (1989): Castilla-León. Un poblado vacceo en El Soto de Medinilla (Valladolid). En *Encuentro con la Historia* (ENAGAS coord. y ed.). Madrid: 43-46.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (1984): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. (Campanas de 1977, 1978 y 1979). *Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*. Excavaciones Arqueológicas en España, 134. Madrid.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. y FERNÁNDEZ MORENO, J.J. (1991): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. (Campanas 1981 y 1982). *Aportación al Bronce Medio de la Meseta*. Excavaciones Arqueológicas en España, 161. Madrid.
- LIÓN BUSTILLO, F.J. (1993): Excavaciones en el yacimiento de la Primera Edad del Hierro del "Cerro de San Pelayo" (Castromocho, Palencia). *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 111-127.
- LORRIO, A.J. (1994): La evolución de la panoplia celtibérica. *Madridener Mitteilungen*, 35: 212-257.
- (1995): La formación de la cultura celtibérica. *XXII CNArq*. Vigo, 1993. Vigo: 219-224.

- LLANOS, A. y FERNÁNDEZ MEDRANO, D. (1968): Necrópolis de hoyos de incineración en Alava. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 3: 45-72.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1954): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico I*. Excavaciones en Navarra, IV. Pamplona.
- (1956): La técnica de incrustación de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro. *Zephyrus*, VII: 179-206.
- (1958a): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico II*. Excavaciones en Navarra, VI. Pamplona.
- (1958b): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*. Acta Salmanticensis, XIV-1. Salamanca.
- (1958c): *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja*. Avila-Salamanca.
- (1960): Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta. En *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Septiembre, 1959. Pamplona: 125-146.
- MALUQUER DE MOTES, J.; GRACIA ALONSO, F. y MUNILLA CABRILLANA, G. (1990): *Alto de la Cruz (Cortes de Navarra)*. Campañas, 1986-1988. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 9.
- MARTÍN BENITO, J.I. y JIMÉNEZ GONZÁLEZ, M.C. (1988-89): En torno a una estructura constructiva en un "Campo de Hoyos" de la Edad del Bronce de la Meseta española (Forfoleda, Salamanca). *Zephyrus*, XLI-XLII: 262-281.
- MARTÍN VALLS, R. (1973): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora. *BSAA*, XXXIX: 403-411.
- (1986-87): La segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización. En *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Salamanca, 1984. *Zephyrus*, XXXIX-XL: 59-86.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1972): Nuevos yacimientos de la primera Edad del Hierro en la Meseta Norte. *BSAA*, XXXVIII: 5-54.
- (1973): Recientes hallazgos cerámicos de la fase Cogotas I en la provincia de Salamanca. *BSAA*, XXXIX: 395-402.
- (1975a): Problemas en torno a la primera Edad del Hierro en el sector occidental de la Meseta Norte. *XIII CNArq*. Huelva, 1973. Zaragoza: 545-550.
- (1975b): El poblado protohistórico del cerro de San Andrés de Medina de Rioseco. *Archivos Leoneses*, 57-58: 195-202.
- (1975c): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II). *BSAA*, XL-XLI: 445-476.
- (1976a): Sobre la cerámica de la fase Cogotas I. *BSAA*, XLII: 5-18.
- (1976b): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (III). *BSAA*, XLII: 411-440.
- (1977): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV). *BSAA*, XLIII: 291-319.
- (1978a): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V). *BSAA*, XLIV: 321-346.
- (1978b): Die Hallstatt-zeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid). *Madridrer Mitteilungen*, 19: 219-230.

- (1981): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII). *BSAA*, XLVII: 153-186.
- (1982): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IX). *BSAA*, XLVIII: 45-70.
- MARTÍN VALLS, R.; BENET, N. y MACARRO ALCALDE, C. (1991): Arqueología de Salamanca. En *Del Paleolítico a la Historia* (Santonja, M. coord.). Salamanca: 137-163.
- MAYA, J.L. (1986): Incineració i ritual funerari a les valls del Segre i del Cinca. *Cota Zero*, 2: 39-47.
- MIRÓ I ALAIX, C. y MOLIST I CAPELLA, N. (1990): Elements de ritual domèstic al poblat ibèric de La Peña del Moro (Barcelona). *Zephyrus*, XLIII: 311-319.
- MISIEGO TEJEDA, J.C.; MARCOS CONTRERAS, G.J.; SARABIA HERRERO, F.J.; MARTÍN GIL, J. y MARTÍN GIL, F.J. (1993): Un horno doméstico de la primera Edad del Hierro de "El Soto de Medinilla" (Valladolid) y su análisis por ATD. *BSAA*, LIX: 89-112.
- MOLINA, F. y ARTEAGA, O. (1976): Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1: 175-214.
- MORALES MUÑIZ, A. y LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. (1995): Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro. En Delibes G.; Romero, F.; Morales, A. eds.: 455-514.
- MORET, P. (1991): Les fortifications de l'âge du fer dans la meseta spagnole: origine et diffusion des techniques de construction. *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXVII-1: 5-42.
- OLMO MARTÍN, J. DEL y SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1993): Arqueología aérea en asentamientos vacceos. En Romero, F.; Sanz, C.; Escudero, Z. eds.: 507-528.
- ORTEGA MARTÍNEZ, A.I. y MARTÍN MERINO, M.A. (1986): La arqueología del karst de Ojo Guareña. En *Ojo Guareña. Mdad. de Sotoscueva. Burgos* (Grupo Espeleológico Edelweiss). *Kaite. Estudios de Espeleología Burgalesa*, 4-5: 331-389.
- PALOL, P. DE (1958): Las excavaciones del poblado céltico de "El Soto de Medinilla". *BSAA*, XXIV: 182-185.
- (1961): Nuevos datos para el estudio de la Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero: Las excavaciones del poblado de "El Soto de Medinilla". *V Internationaler Kongress für vor-und Frühgeschichte*. Hamburg, 1958. Berlin: 645-648.
- (1963a): Trigós prehistóricos en el valle del Pisuerga. El asentamiento céltico de "El Soto de Medinilla". *Felipe II*: 9-12.
- (1963b): Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los silos del Barrio de San Pedro Regalado de Valladolid. En *A Pedro Bosch-Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*. México: 135-150.
- (1964): La muralla céltica del poblado de "El Soto de Medinilla". *VIII CNArq*. Sevilla-Málaga, 1963. Zaragoza: 275-276.
- (1966): Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica en la Meseta castellana. *IX CNArq*. Valladolid, 1965. Zaragoza: 24-35.
- (1973): El Soto de Medinilla. Archäologische Einführung zu den botanischen Untersuchungen. *Madridier Mitteilungen*, 14: 127-132.

- (1974): Alava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y Primer Hierro. *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI: 91-100.
- PALOL, P. DE y WATTENBERG, F. (1974): *Carta Arqueológica de España*. Valladolid. Valladolid.
- PEREIRA MENAUT, G. (1982): Los castella y las comunidades de *Gallaecia*. *Zephyrus*, XXXIV-XXXV: 249-267.
- (1993a): *Cognatio Magilancum*. Una forma de organización indígena de la Hispania indoeuropea. En *Lengua y cultura en la Hispania prerromana* (Untermann, J.; Villar, F. eds.). Actas del V Coloquio sobre *Lenguas y Culturas prerromanas de la Península Ibérica*. Colonia, 1989. Acta Salmanticensis, Estudios Filológicos, 251. Salamanca: 411-424.
- (1993b): *Cognatio Magilancum*. A propósito de la investigación sobre las sociedades indígenas del norte de *Hispania*. En González, M.C.; Santos, J. eds.: 105-116.
- PEREIRA MENAUT, G. y SANTOS YANGUAS, J. (1980): Sobre la romanización del noroeste de la Península Ibérica: las inscripciones con mención del origo personal. En *Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular*, vol. III. Guimarães, 1979. Guimarães: 117-129.
- PEREIRA SIESO, J. (1989): Nuevos datos para la valoración del hinterland tartésico. El enterramiento de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo). En *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir* (Aubet Semmler, M.E. coord.). Sabadell (Barcelona): 395-409.
- PEREIRA SIESO, J. y ALVARO, E. DE (1988): Una tumba de la transición Bronce-Hierro en la Meseta Sur: El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo). En *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*. Ciudad Real, 1986. Toledo: 279-289.
- (1990): El enterramiento de la Casa del Carpio, Belvís de la Jara (Toledo). En *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*. Toledo: 215-234.
- QUINTANA LÓPEZ, J. (1993): Sobre la secuencia de la Edad del Hierro en Simancas. En Romero, F., Sanz, C.; Escudero, Z. eds.: 67-91.
- RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L. (1995): *La casa circular durante la primera Edad del Hierro en el valle del Duero*. Memoria de Licenciatura leída en la Universidad de Valladolid, inédita.
- RAURET, A.M. (1976): *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*. Publicaciones Eventuales, 25. Barcelona.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (en prensa): La Cuesta de la Horca en Cevico Navero (Palencia): Un nuevo yacimiento amurallado de facies Proto/Cogotas I. *III Congreso de Historia de Palencia*. Palencia, 1995.
- ROJO GUERRA, M.A. (1987): Asentamientos prehistóricos en la cuenca de La Nava: estudio de sus relaciones. En *Actas del I Congreso de Historia de Palencia. I. Arte, Arqueología y Edad Antigua*. Monzón de Campos, 1985. Valladolid: 409-422.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980): Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero. *BSAA*, XLVI: 137-153.
- (1985): La primera Edad del Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio. En *Historia de Castilla y León. 1. La Prehistoria del Valle del Duero* (Delibes, G. et alii). Valladolid: 82-103.

- (1991): *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*. Studia Archaeologica, 80. Valladolid.
- (1992): Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la primera Edad del Hierro. En *Arquitectura popular de Castilla y León. Bases para un estudio* (Báez Mezquita, J.M. coord.). Valladolid: 175-211.
- ROMERO CARNICERO, F. y JIMENO MARTÍNEZ, A. (1993): El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro. En *Los Celtas: Hispania y Europa* (Almagro-Gorbea, M.; Ruiz Zapatero, G. eds.). Madrid: 175-222.
- ROMERO CARNICERO, F. y MISIEGO TEJEDA, J.C. (1995): La Celtiberia Ulterior. Análisis del substrato. En *Poblamiento Celtibérico* (Burillo Mozota, F. coord.). III Simposio sobre los Celtíberos. Daroca (Zaragoza), 1991. Zaragoza: 59-81.
- ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z. eds. (1993): *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*. Valladolid.
- ROMERO CARNICERO, M.V.; ROMERO CARNICERO, F. y MARCOS CONTRERAS, G.J. (1993): *Cauca* en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica. En Romero, F.; Sanz, C.; Escudero, Z. eds.: 223-261.
- RUIZ DELGADO, M.M. (1989): *Fíbulas Protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica*. Sevilla.
- (1991): Il periodo orientalizzante nell sud della Penisola Iberica: origine e diffusione della fibula a doppia molla. En *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. III. Roma, 1987. Roma: 1.205-1.209.
- RUIZ-GÁLVEZ, M.L. (1990): Canciones del muchacho viajero. *Veleia*, 7: 79-103.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*. Universidad Complutense de Madrid. Colección Tesis Doctorales, 83/85. Madrid.
- (1992): Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el NE. de Iberia. *Gala*, 1: 103-116.
- (1995): El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones. En *Poblamiento Celtibérico* (Burillo Mozota, F. coord.). III Simposio sobre los Celtíberos. Daroca (Zaragoza), 1991. Zaragoza: 25-40.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A. (1988): Elementos e influjos de tradición de "Campos de Urnas" en la Meseta Sudoriental. En *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2). Ciudad Real, 1986. Toledo: 257-267.
- (1995): La muerte en el norte peninsular durante el primer milenio A.C. En *Arqueología da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo* (Fábregas Valcarce, R.; Pérez Losada, F.; Fernández Ibáñez, C. eds.). *Actas do Curso de Verán da Universidade de Vigo*. Xinzo de Limia, 1994. Xinzo de Limia (Orense): 223-248.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero*. Rauda (Roa, Burgos). Valladolid.
- (1993): Arqueología preventiva y de gestión (1989-1990). Burgos. *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 295-306.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (1989): Sobre las formas de propiedad comunal de la cuenca del Duero en época Prerromana. *Veleia*, 6: 103-110.

- SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1993): El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero. En Romero, F.; Sanz, C.; Escudero, Z. eds.: 21-65.
- (1995): Notas sobre la secuencia y características arqueológicas del yacimiento de la Edad del Hierro de Melgar de Abajo (Valladolid). En Delibes G.; Romero, F.; Morales, A. eds.: 307-317.
- SANTOS VILLASEÑOR, J. (1988): Resumen de la segunda campaña de excavación en el yacimiento de la I.^a Edad del Hierro de “La Aldehuela”. Zamora. *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 101-110.
- (1989): “La Aldehuela”, Zamora. Resumen de la tercera campaña de excavación 1989. *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 171-180.
- (1990): Un yacimiento de la Primera Edad del Hierro con cerámicas pintadas, en La Aldehuela (Zamora). En *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora. II. Prehistoria e Historia Antigua*. Zamora, 1988. Zamora: 225-239.
- SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F.J. (1993): La temprana “iberización” de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de “La Mota”, Medina del Campo (Valladolid). En Romero, F.; Sanz, C.; Escudero, Z. eds.: 133-171.
- (1995): Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: “La Mota”, Medina del Campo. En Delibes, G.; Romero, F.; Morales, A. eds.: 219-245.
- SERRANO, C. y BARRIENTOS, J. (1933-1934): La estación arqueológica del Soto de Medinilla. *BSAA*, fasc. V: 213-226.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1929): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 103. Madrid.
- UNTERMANN, J. (1995): Lengua y poblamiento prerromano en el territorio celtibérico. En *Poblamiento Celtibérico* (Burillo Mozota, F. coord.). *III Simposio sobre los Celtiberos*. Daroca (Zaragoza), 1991. Zaragoza: 7-24.
- URIBARRI ANGULO, J.L.; MARTÍNEZ GONZÁLEZ, J.M. y LEIS MUÑOZ, I. (1987): *Primeros asentamientos humanos en la ciudad de Burgos. I. El yacimiento arqueológico del Castillo y Cerro de San Miguel*. Burgos.
- VV.AA. (1989): *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)*. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 14.
- WATTENBERG, F. (1957): Hallazgos arqueológicos en Renedo de Esgueva (Valladolid). *BSAA*, XXIII: 189-191.
- (1959): *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*. *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, II. Madrid.